

Boletín **100** Editorial

NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2002

Micromegas

Voltaire



Las jitanjáforas

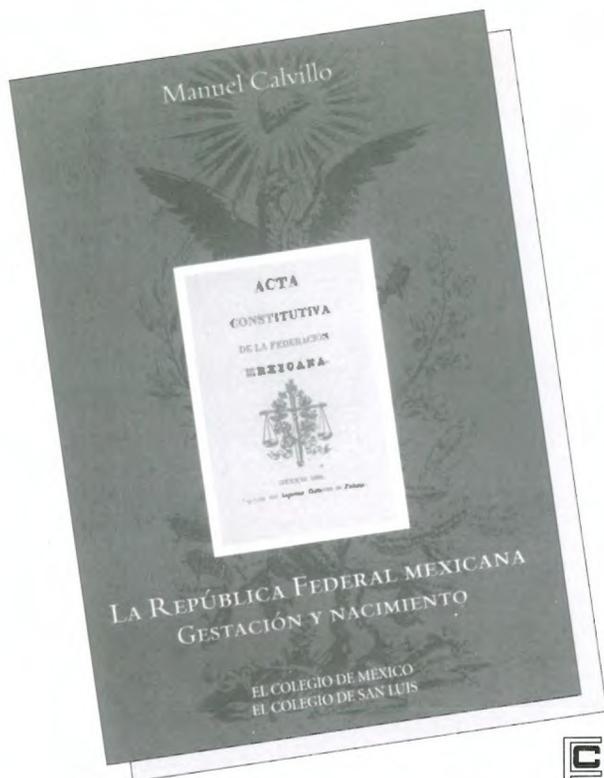
Mariano Brull y Alfonso Reyes

La marginalidad en México

Manuel Ordorica

PUBLICACIONES DE EL COLEGIO DE MÉXICO

LA REPÚBLICA FEDERAL MEXICANA GESTACIÓN Y NACIMIENTO



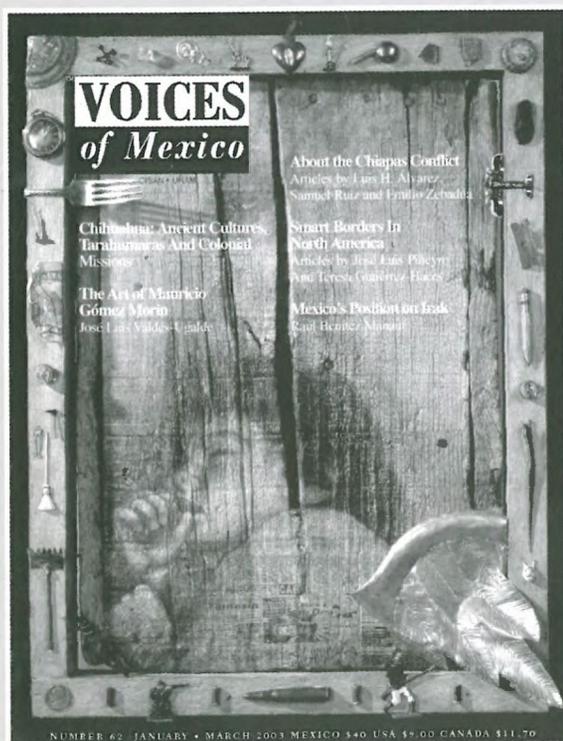
La República Federal mexicana: gestación y nacimiento. La consumación de la independencia y la instauración de la República Federal, 1820-1824, Manuel Calvillo (compilador), El Colegio de México, El Colegio de San Luis, 2003, c1974.

Con objeto de conmemorar el sesquicentenario de la fundación de la república federal en México y de la creación del Distrito Federal, el Gobierno de la República y la entonces Jefatura del Departamento del Distrito Federal encomendaron a un selecto grupo de historiadores y juristas dirigido por el doctor Octavio Hernández y coordinado por el licenciado Manuel Calvillo, la elaboración de una obra que, por su contenido fundado en fuentes primarias diera cuenta del significado de acontecimientos de tanta trascendencia para nuestra historia.



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C., Dirección de Publicaciones, Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. F.
Para mayores informes: 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295, Fax: 5449 3083 o Correo electrónico: publi@colmex.mx



Descubra México en un recorrido por lo más sobresaliente de sus manifestaciones artísticas y culturales. La revista *Voices of Mexico* editada totalmente en inglés, incluye ensayos, crónicas, reportajes y entrevistas sobre economía, política, ecología y relaciones internacionales.

VOICES
of Mexico

SUSCRIPCIONES

Canadá 203, Col. San Lucas, 04030 México, D.F.
Teléfonos y fax: 5336-3601, 5336-3558, 5336-3595,
5336-3596 and 5336-3449

e-mail: voicesmx@servidor.unam.mx

ÍNDICE

Carta sobre las gitanjáforas

■ Mariano Brull ■ 3

Las jitanjáforas

■ Alfonso Reyes ■ 4

Micromegas. Historia filosófica

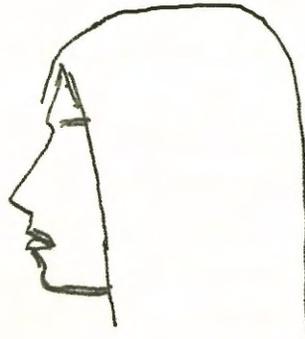
■ Voltaire ■ 13

La marginalidad en México:
un nuevo índice

■ Manuel Ordorica Mellado ■ 25

En rigor

■ Manuel Lino ■ 30



Dibujos de Tomás Segovia

EL COLEGIO DE MÉXICO, A. C., Camino al Ajusco 20, Pedregal de Santa Teresa, 10740 México, D. E., Teléfono 5449 3000, ext. 3077, fax 5645 0464

Presidente ANDRÉS LIRA GONZÁLEZ ■ *Secretario general* DAVID PANTOJA MORÁN ■ *Coordinador general académico* MARCO PALACIOS ROZO ■
Secretario académico ALBERTO PALMA ■ *Secretario administrativo* HUMBERTO DARDÓN ■ *Director de Publicaciones* FRANCISCO GÓMEZ RUIZ ■
Coordinador de Producción JOSÉ MARÍA ESPINASA ■ *Coordinadora de Promoción y ventas* MARÍA CRUZ MORA ARJONA

BOLETÍN EDITORIAL, NÚM. 100, NOVIEMBRE-DICIEMBRE DE 2002

■ *Diseño* IRMA EUGENIA ALVA VALENCIA ■ *Diagramación y formación* EZEQUIEL DE LA ROSA MOSCO ■ *Corrección* GRACIA FRANCÉS SÁNCHEZ E
ISMAEL SEGURA HERNÁNDEZ ■

Impresión Reproducciones y Materiales, S. A. de C. V.

ISSN 0186-3924

Certificados de licitud, núm. 11152 y de contenido, núm. 7781, expedidos por la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas el 15 de mayo de 2000; núm. de reserva 04-1999-112513491900-102.

Cien números del *Boletín editorial* de El Colegio de México

Hace diez y ocho años apareció el primer número del *Boletín editorial de El Colegio de México*, con fecha de mayo-junio de 1985. En el mismo, con 16 páginas, se publican avances de libros en proceso de edición o recién publicados –en el primer caso *La desigualdad económica* de Adalberto García Rocha, en el segundo *San Juan de la Cruz y el Islam* de Luce López Baralt, una reseña de Wolfgang Vogt sobre *La herencia medieval de México* de Luis Weckmann, las palabras del Presidente de El Colegio de México en ocasión de la creación de El Colegio de Puebla, noticias editoriales, anuncios de cursos. Hoy, transcurrido el lapso señalado la vocación de este *Boletín* sigue siendo la misma: crear una red de información al interior y al exterior de nuestro recinto académico. El formato es muy similar pero han aumentado sus páginas a 32. Ya antes se había hecho una publicación con carácter similar, pero más modesta, El Colegio de México, *Boletín Semestral*, cuyo primer número es de enero-junio de 1963, de ocho paginas en formato media carta. Celebrar la aparición del número cien o los cuarenta años del *Boletín* nos permite refrendar la vocación institucional de investigación y docencia que fundamenta las publicaciones de El Colegio de México.

Con ese motivo –celebrar– en este número de aniversario publicamos un ingenioso y divertido ensayo de Alfonso Reyes, primer presidente de la institución, sobre el arte de la jitanjáfora, en donde se conjugan inteligencia, erudición y buena prosa. Dicho ensayo apareció por vez primera en la revista *Libra*, en Argentina, y en la que el escritor mexicano tuvo mucho que ver. La edición facsimilar, con un estudio y apéndices documentales de Rose Corral, acaba de ser publicada bajo nuestro sello. Recogemos también el texto de Voltaire, *Micromegas*, que –traducido por Hilda Becerril– se publicó en el *Boletín* en los números 6 y 7 de marzo/abril y mayo/junio de 1986. Ponernos bajo el palio del pensador francés es, en esta época de furias belicistas, hacer una apuesta por la libertad de pensamiento, la democracia y la paz. Complementan el número un ensayo de Manuel Ordorica, del Centro de Estudios Demográficos, ejemplo de lo que la pluralidad disciplinaria de El Colegio cubre en su espectro académico, y un relato de Manuel Lino, cuyo título es una divisa para nuestra casa: *En rigor*. Todo ello acompañado por dibujos de Tomás Segovia, que cambia la página por el lienzo. Las publicaciones académicas sólo encuentran pleno sentido cuando alcanzan el fin de su trayecto, que tanto el autor como el editor consideran un nuevo comienzo, la lectura. El *Boletín* es un puente y un vehículo hacia ese lector. Cien números es una cifra emblemática y queremos compartirla.

Carta sobre las gitanjáforas

Mi querido Alfonso:

En verdad, no necesitaba usted consultarme el cambio de la g por la j de *gitanjafora* (ahora jitanjafora). Bastaba que usted lo creyera mejor.¹ La sugestión ortográfica de *gitano* me llevó a conservar la g, sin otra razón, en la palabra inventada. En poemas así, donde la libertad es máxima, corre unido el peligro, por falta de costumbre, de no sacarle todo el partido posible –gráfico y ortográfico y aún rítmico– a esta libertad. Viejos resabios métricos y sintácticos, nos paran el pulso. Por eso en este poema hay todavía la simulación del que se mueve entre cadenas.

Mi querido Alfonso, corren malos vientos para mí en la Habana. No diré que me trasladan, me echan de aquí para Berna dientes de envidia y uñas de calumnia, por el grave pecado de haber publicado un libro (*Poemas en menguante*) “incomprensible” y “vanguardista” lo cual para ellos trae también aparejada la sospecha de opiniones políticas indeseables...[...]² Yo sigo “sereno ante el paisaje”



y para consolarme escribo. Le incluyo una muestra, “El epitafio de la rosa”:³

Rompo una rosa y no te encuentro.
Al viento así columnas deshojadas
palacio de la rosa en ruinas.
Ahora –rosa imposible– empiezas
por agujas de aire entretejida
al mar de la delicia intacta:
donde todas las rosas
–antes que rosa–
belleza son sin cárcel de belleza.

Ya usted ve que le reparto cuitas y versos.[...] un fuerte abrazo de su amigo.

Carmencita Ortiz de Zevallos me escribe de París que ha estado con los Brull en Berna, quienes consideran que están enterrados ahí por el delito de haber publicado los *Poemas en menguante* y que “con el asunto de las jitanjáforas hasta temió Adelita [esposa de Brull] que les quitaran el puesto”, frase que me ha hecho daño, pues resulto perjudicando la carrera de Mariano por haber querido aumentar su fama literaria, hoy copié y acabé como quiera el “Alcance de [sic] las jitanjáforas” diciéndole a Lizaso de La Habana [de la *Revista de Avance*], que la publique en 1930 siempre que no tema resulten perjudiciales a Mariano, pues en tal caso prefiero que lo mande a *Contemporáneos*, de México (p. 304). El texto (incluido en Documentos), fue publicado en 1930.

³Incluido por Reyes en *Libra*, en la sección “Correo Literario”. El poema había sido publicado un mes antes en la *Revista de Avance*, vol. 4, núm. 36, 15 de julio de 1929, p. 197. Este poema, titulado ahora “Epitafio a la rosa”, se integró al volumen *Canto redondo* (Ediciones G[uy] L[evis] M[ano], París, 1934). Posteriormente, Brull lo incluye en *Poèmes* (traduccions de Mathide Pomès et Edmond Vandercammen, préface de Paul Valéry, Série Poétique Collection, Bruselas, 1939), y en el libro *Solo de rosa*, publicado en 1941 en La Habana en la imprenta de Manuel Altolaguirre y Concha Méndez, La Verónica. Véase la edición de Klaus Müller-Bergh de Mariano Brull, *Poesía reunida*, Cátedra, Madrid, 2000, p. 103.

¹Interesante reflexión de Mariano Brull sobre la ortografía original de la palabra “gintajafora”, sin acentuación, por su cercanía con “gitano”, un dato que sepamos desconocido hasta ahora. Merece destacarse que fue Reyes (el teorizador de estos juegos de palabras) quien prefirió “jitanjáfora”.

²Al año siguiente Reyes anota en su *Diario* el siguiente comentario que tiene que ver con la repercusión negativa que tuvo para la carrera diplomática de Mariano Brull la publicación de *Poemas en menguante* y la repercusión que le dio Reyes al libro, indirectamente, con su ensayo sobre “Las jitanjáforas”: “Buenos aires, 8 de marzo [1930]”.

Las jitanjáforas

Cuando recibí los *Poemas en menguante*, del poeta cubano Mariano Brull, le escribí lleno de entusiasmo:

“¡Feliz usted, querido Mariano, que vive entre seres nobles y encantadores –Blanche, Blanquita y el Doctor Baralt, su Adelita y sus Jitanjáforas,– rodeado de bellos versos, y sobre todo, acompañado de sí mismo, inapreciable privilegio que, a lo mejor, usted se da el lujo de no estimar en mucha cosa!”

Mi Ángel de la Guarda, que estaba detrás de mí, asomado sobre mi hombro, me preguntó entonces:

–¿Qué quiere decir “Jitanjáforas”?
Para contestarle escribo esas líneas.

I

En los *Cigarrales de Toledo*, Tirso de Molina presenta una mujer “vestidos de verdegay el alma y el cuerpo”. Mi primer encuentro con el “verdegay” me produjo tal embrujamiento, que suspendí la lectura y salí a contarle a los amigos, y anduve dos o tres meses queriendo fabricar y comer todo el día pastillas y grajeas de verdegay, –que se me figura una menta, pero todavía más fragante.

Una emoción semejante debo al “Verdehalago” de Mariano Brull. Pero el verdehalago no es dulce: tiene un sabor levemente ácido y sobrio, y la *a*, la *ele* y la *ge* (¡y hasta la *hache* secretona!) le dan una metálica frigidéz de agua en “Termo”.

Tengo que copiar aquí la poesía íntegra, para que podamos entendernos:

VERDEHALAGO

Por el verde, verde
verdería de verde mar
erre con erre.¹

Viernes, vírgula, virgen
enano verde
verdularia cantárida
erre con erre.

Verdor y verdín
verdumbre y verdura.
Verde, doble verde
de col y lechuga.
Erre con erre
en mi verde limón
pájara verde.

Por el verde, verde
verdehalago húmedo
extiéndome. –Extiéndete.
Vengo de Mundodolido
y en Verdehalago me estoy.

Ciertamente que esta poesía no se dirige a la razón, sino más bien a la sensación. Las palabras no buscan aquí un fin útil: juegan solas, casi.

–Bien; pero ¿y las jitanjáforas?

–Poco a poco. Los ángeles no se impacientan.

¹El autor pone: “Rr con Rr”. Yo le propongo otra notación más clara.

¡La verdad es que, en el taller del cerebro, se amontonan tantas astillas! De tiempo en tiempo, salen, a escobazos, por la puerta de las palabras: pedazos de frases que no parecen de este mundo; y otras veces, meros impulsos rítmicos, necesidad de oír ciertos ruidos y ciertas pausas que —después de todo— son como la anatomía invisible del poema: necesidad que algunos confunden con la inspiración. Andamos en las fronteras de la ecolalia. No hay que temblar. Yo me he acercado, y creo que nada grave sucede. Conservo por ahí, en secreto (pero ahora he de confesarlo todo), algunos “guiñapos malditos de una frase absurda”, —como decía Mallarmé, perseguido por el duelo de la inexplicable “Penúltima”.² En mi pequeño museo psicológico poseo algunas de estas curiosidades.

Ejemplos: aquel estribillo que era la obsesión auditiva de uno de mis sujetos:

El apero estaba dotero,
dorlorotero el glatiñor.

O éste, extrañísimo, que entrego a la incompreensión de los psicólogos:

AIRE DE BRACANTE

Curubú, curubú: morire.
Curubú.
Junto a tú, junto a tú dormire.
Carabá.
(Vienen y vienen, y vienen y van
los piesecitos de la marchán).

Soy completamente incapaz de decir lo que esto significa, ni de dónde salió esta lengua o raro dialecto; pero allá dormía en la subconsciencia, y un día, como cieno de fondo, subió hasta los labios. El que lo compuso no sentía el menor rubor ante su obra.

Este dístico se le presentó a otro de repente, y durante un año estuvo cantándole en sordina:

Bailando estaba el Rey inglés.
Flores rodaban a sus pies.



Y el mismo que padecía este dístico, fue víctima de aquel impagable endecasílabo, leído al azar de la calle en el anuncio de cierto especialista:

Oto-rino-faringo-laringólogo.

Otras veces, aparece una soberbia palabra creada, en un pasaje de una *Araucana* nunca escrita:

Entonces el feroz mandibulita
Lo acometió con tremebundos tajos.

El mandibulita debe ser el natural de Mandibulia, tierra probablemente de caníbales: yo no puedo asegurar nada.

En París, durante una conversación improvisada en endecasílabos, dos poetas hispanoamericanos fraguaron este verso de portentoso equilibrio, que iba sirviendo para adelantar, para llenar huecos y cobrar impulso, a modo de trampolín donde caer y volver a lanzarse:

que al cáncamo los invocos excita...

Lo peor es que, a veces, en la mente del sujeto se ofrece todo un poema: tal el *Canto del Halibut*, que vino de re-

²*Le démon de l'Analogie.*

pena del cielo o del fuego interior del mundo, acompañado de comentario y todo, y de que acaso me atreva a hablar en otro momento, aunque ello me haga perder la confianza de los tímidos. Lo peor es que, a veces, el fenómeno se produce en lengua extranjera; así este ciclo de poemitas franceses que el autor, en su fuero interno, ha dado en atribuir a un imaginario personaje (como aquel “honrado varón Felipe Camús” que salía, en otros siglos, responsable de cuanto Libro de Caballería se publicaba en España): al francés Jean-Pierre. Hélo aquí:

III

LA BELLE AVENTURE

Il s'agissait d'un mirliton
pour Mademoiselle Lafenêtre,
signé: “Lafuma de Voiron”.

Mais...

Mais il y avait la marque (traître!)
qui fait paraître et disparaître
le peu qu'on a occasion.

Donc,

avis aux dames: offre gratis,
dégustation du salsifis.

DEÇU DU DESSOUS

Sur l'Orient qu'un rien décore,
j'ai fait subir la Mandragore
à la Fleur du Tupinamba:

Et...

Et je regrette de vous dire
que ce n'est que son tire-lire
qui m'a fait chanter le holà.

ÉGLOGUE

En ébouriffant l'agneau
qui surseoie sous tes gambades,
ce qu' t' amuses le tonneau
de la marmélade!

Mais le merlin indiscret,
à ne guetter que nombril,
l'a tondu, coupant le silence
avec un pair d'oeillets.

EL COLEGIO DE LA FLORES
GUANAJUATO
MEXICO



GUERRE INTÉSTINE

A ouir, selon cor ou mandore,
le grondement du duodénum,
ce qu'on soupe du sacré nom,
musicienne ou bien Tagore!

Le Rabindranath a glapi
ainsi qu'absence de tonnerre,
et voici que siffle par terre
jet plus ambre que paradis.

DE SOI MEME

Quand l'aube déclancha son réflet métallique,
le merle apprivoisé chanta:

“Ce qu'il me faut pour picorer l'aurore,
—triluri triluri-lura—
ce n'est pas le bec subtil
qui s'enfonce mais qui cède
—triluri luri-lurila”.

Et à moi qui suis astreint à la fatigue
du réveillon diurne et la nuit matinale,



ce qu'il me faut pour picorer l'aurore,
ce n'est pas le rasoir électrique,
ni le grand réveil Grosse-Bertha
et patatis et patatas,
mais le tambour du coeur battant
et la plétora du réseau sanguin.

BÉBÉ

Pirouette, girouette,
sur un air de mirliton:
bébé tête par la tête
et maman par le nichon.

Maman du linge s'inquiète
et Papa du caleçon.
Quand bébé pleure, on l'embête
en le fourrant de bonbons.

—Toda esta locura, que confina con la imbecilidad, está muy bien (muchos poetas lo firmarían sin pena), y no hace el menor daño, a poco que se tenga la dosis usual de perversidad literaria. Pero ¿y las jitanjáforas?

—¡Paciencia, paciencia! Los ángeles que se impacientan se caen del cielo.

Aquellos eran tiempos en que todavía no se hablaba de supra-realismo, ni de dadaísmo siquiera —ni, por de contado, de ultraísmo ni estridentismo. Ni siquiera el apóstol futurista había lanzado su primer manifiesto sobre la imaginación sin hilo y las palabras en libertad.

De vacaciones en Monterrey, yo aplaudía con furor uno de aquellos discursos incongruentes del actor cómico español García Pajujo (hoy convertido en manso vecino de mi ciudad), donde ninguna palabra quería casar con la siguiente, y cuyo mejor párrafo acababa, tras una sonora tirada de incoherencias, con una invocación al “hipopótamo penitenciario”.

Y todavía varios años antes, recuerdo que un compañero de la Escuela Preparatoria me aturdí recitando a cada rato unas estrofas grotescas —pretendida imitación de la poesía “modernista”— que empezaban con este verso:

La estrofa corcelínea byroniana...

En los días de la Escuela de Derecho, vosotros, testigos ejemplares: Julio Torri, Mariano Silva ¿o acordáis de cierto camarada que tenía verdaderos accesos de epilepsia verbal? Mientras lo sujetábais por los brazos, como a víctima del demonio de las palabras, él entonaba a voz en cuello aquello de:

¡Hilaridad,
hija del buen parecer!
¿Qué vendrás, doña Soledad,
qué vendrás, qué vendrás a saber?

Y ahora me acuden aquellas extravagancias que oí recitar en casa —siendo muy niño— a Manuel José Othón, y que éste atribuía a cierto poeta espontáneo de Ciudad Lerdo:

Allá viene la trompa de Eustaquio,
con su vestido gris perla,
esperando audiencia,
sin sentir ningún placer.

Los civitalerdinos, —o como se llamen los de allá— se dieron el gusto de costearle una edición privada.

Ya en el siglo XVIII tenían sus “rimas atroces”, sus “quintillas disparatadas”, cuartos de hora de asueto para descar-

gar un poco la presión del vapor en las máquinas. Véanse éstas de Don Tomás de Iriarte:

En la *Historia*, de Mariana,
refiere Virgilio un cuento
de una ninfa de Diana
que, por ser mala cristiana,
fue metida en un convento.

Salió Scipión Africano
a impugnar esta opinión,
publicando en castellano
una gran disertación
sobre el Caballo Troyano.

Y es curioso que Scipión el Africano haya tentado también a William Blake en aquel instante de locura:

—Ho ho! Said Doctor Johnson
to Scipio Africanus...

Pero estos eran como unos juegos inocentes, y la gracia estaba en el disparate erudito, en el anacronismo: burlas del tiempo y del espacio, que aún no se atrevían con la causa.

Así, en oleadas de ambiente indeciso, arriesgaba sus avances el nuevo dios.

V

Jehová se aburría divinamente.

—Me siento poeta—dijo al fin—. Sea la luz.

Y fue la luz. Y creó la tierra y los cielos, las aves, los peces, los camellos y el hombre. El hombre, —Adán— recibió el encargo de poner nombre a los objetos de la creación. Cuando acabó de enumerarlos todos, siguió creando objetos con la palabra.

Y Jehová observó:

—Atajemos a Adán; de otra suerte, el mundo será pequeño para tanta creación, y el continente menor que el contenido, lo cual sería una anticipación peligrosa sobre mis doctrinas de extrema izquierda que, como lo mejor de mí mismo, deajo para el final.

Pero no pudiendo ya evitar Jehová que la palabra creara, inventó el ripio —que no engendra— y el enigma, —que no concibe, aunque vive hinchado de sí mismo.

La palabra había alcanzado ya un atletismo cosmogónico peligroso. Su don de captación era ya, en algunos casos,



absoluto. De aquí el hermetismo: quien posee el nombre del dios, posee al dios. Hay identidad entre el nombre y lo nombrado. Quien sabe mi nombre sustancial, ése dispone de mí a su antojo. Y de aquí —opina un iniciado— que Ivonne, Germaine y Georgette se resistan tanto a decirnos cómo las llaman en su pueblo y en la casa de su madre.

Luego conviene a la policía del universo que haya un límite, un instante en que la sobresaturación de energía haga estallar el fulminante de la palabra. Y de aquí los nombres sagrados que no pueden enunciarse sin que sobrevengan catástrofes: el nombre secreto de Alá entre los antiguos árabes, el nombre secreto de Roma, sólo conocido antes de unos pocos privilegiados, y perdido ya para los sabios modernos.

El horror al nombre recóndito tiene raíces milenarias en los hábitos lingüísticos de la humanidad —explica Meillet. Se puede nombrar a Eloin, pero no a Jehová: se puede usar el apodo, nunca el verdadero nombre, que haría estallar el universo. Este verdadero nombre queda escamoteado bajo el tetrágama elusivo: Y-H-W-H, especie de clave convencional para significar lo que sólo es lícito evocar desde lejos, lo que no podría escribirse ni leerse directamente. Cuando los anti-



guos hebreos encontraban esas cuatro letras, decían algo como: “el Señor”. Más tarde, al perderse el sentimiento de este pudor escriturario, se inventó, como lectura aproximada del tetrágrama, el nombre de Jehová, nombre que no es más que una lectura equivocada según lo estamos viendo. Y todas las lenguas civilizadas aprendieron a llamarle “el Señor” a Dios, vestigio de la interdicción que un tiempo pesó sobre la palabra sagrada de los hebreos.

Así, pues, tenemos unas palabras que crean, otras que ni crean ni destruyen, y otras que destruyen —diríamos— a fuerza de mucho crear. Basta con enunciar una cosa para que exista, pero a condición de enunciarla bien —como en el Derecho Formulario. Crear es hablar o escribir bien. No crea todo el que habla o escribe. Y aquí empieza la discusión.

VI

De suerte que la palabra nos fue dada, primero, para apoderarnos de los objetos. Pero nosotros, con ella, hicimos, además, otros objetos nuevos. A esto se llama “creación”; es decir —en griego— “poesía”. Juntando dos nombres de objetos que no se dan juntos de por sí, los pobres objetos no pueden menos de obedecer al conjuro, y quedan atados por la palabra: de donde lo mismo han nacido los centauros, las sirenas y los dragones, que la Moral y la Métrica.

Paul Valéry, que no desperdicia oportunidad de ser inteligente, lo descubre todo en estas palabras de su *Pequeña epístola sobre los Mitos*:

“Mito es el nombre de todo lo que no existe o no subsiste sino fundado, como única causa, en la palabra. No hay discurso por oscuro que sea, no hay conseja absurda ni conversación tan incoherente a los que no podamos al cabo atribuir algún sentido... Todo nuestro lenguaje está hecho de pequeños y fugaces sueños; y lo más hermoso es, precisamente, que a veces formemos pensamientos singularmente justos y maravillosamente razonables... Aun los que pretenden haber ido hasta el polo, lo han hecho empujados por motivos que son inseparables de la palabra... Todo instante cae a cada instante en lo imaginario... Lo falso sostiene a lo verdadero; lo verdadero tiene por ascendiente a lo falso... ¿Qué sería, pues, de nosotros, sin el socorro de lo que no existe?”

VII

Cierto, oh dulce maestro de la rue de Rome: un tiro de dados no abolirá nunca el azar. Pero adviértase que el dado de las palabras, el que ahora estamos jugando —tentando a Dios— no sólo tiene seis caras, sino muchos miles de facetas: dado ojo de mosca, que en cada plano diminuto lleva inscrita otra intención a la ventura.

“Toute pensée émet un Coup de Dés”.

Parece que un humorista ha dicho que si diez millones de monos teclearan durante diez millones de años en diez millones de máquinas de escribir, uno de ellos acabaría por escribir el *Discurso del Método*. Parece que pretendía el sofista griego que arrojando letras al azar acabaríamos por componer la *Iliada*. Pero yo recuerdo haber oído varias veces a nuestro Salvador Díaz Mirón aventurar, con mejor acuerdo —entre el coro de sus aturridos admiradores— esta sugestiva casi-idea:

—Si yo compongo en tipos de imprenta una página del *Quijote*; si después desordeno los tipos; si luego me entretengo en arrojarlos como dados al suelo, encontraré millones y millones de arreglos casuales entre las letras, pero la página de Cervantes no será reconstruída nunca ¡nunca! por la casualidad. ¡Luego Dios existe!

El cálculo de probabilidades, estadística de lo infinito, viene así a darnos las paredes de la omnipotencia divina, o más bien, un atisbo de las confusas lontananzas de Dios. Y el lenguaje es, sin embargo, una sustancia tan misteriosa, que de cada tiro de datos —aunque las palabras sean absurdas, aunque las combinaciones de letras sean caprichosas— se levanta un humo, un vaho de realidad posible. No: nunca aboliremos el azar con el azar: no reconstruiremos el *Discurso* ni el *Quijote*: el pasado es el pasado, y no es re-vertible. Pero es ya tiempo de preguntarse si del azar mismo, —después incorporado en la mente por un proceso evolutivo semejante a los que estudia la biología— no puede salir, desprenderse lentamente a modo de atmósfera, ese fantasma, esa nube que poco a poco enfrían los siglos hasta cuajarla en realidad sólida, palpable, familiar y casera. ¿Os habéis detenido a pensar en el inmenso paisaje de azares, de hallazgos felices, de mitologías errabundas, de supersticiones aberrantes, que se abre ante el modesto relámpago de cada fósforo encendido?

VIII

Hay horas en que las palabras mismas se alejan, dejando en su lugar unas sombras que las imitan. Los ruidos articulados (como el estribillo del “glatiñor” o el “Aire de Bracante” de mis ejemplos) acuden a beber un poco de vida, y se agarran a nuestra pulpa espiritual con una voracidad de sanguijuelas. Sedientas formas trasparentes —como las evocadas por Odiseo entre los cimerianos— rondan nuestro pozo de sangre y emiten voces en sordina. Quien nunca ha escuchado estas voces no es poeta.

De aquí, de estos ruidos verbales que aspiran a la categoría de expresiones, parte Rudolf Blümner para llegar a lo que él llama la Poesía Absoluta (“Die absolute Dichtung”). He aquí un fragmento de su canto *Ango Laina* (publicado en “Der Sturm”, julio de 1921). Tiene algo de maldición bíblica, o como dice tan bien Jorge Luis Borges, algo de amenaza antigua: ~

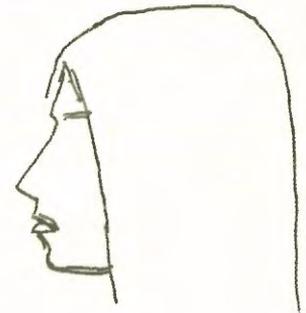
Oiaí laéla oía ssisialu
 Ensúdio trésa súdio míschnumi
 Ia lon stuáz
 Blorr sbjatt
 Oiazo tsuígulu
 Ua sésa masuó tülü
 Ua sésa maschiató toró

Oí séngu gádse añdóla
 Oí ándo séngu
 Séngu ándola
 Oí séngu
 Cádse
 Ína
 Leíola
 Kbaó
 Sagór
 Kadó

No puedo menos de confesar que presiento un mucho de fumistería en la estética de Blümner, cuando éste aconseja a sus posibles discípulos que no se dejen llevar por las aparentes facilidades del género, y que tengan por bien sabido que la poesía absoluta tiene sus leyes fijas y eternas, leyes que cada uno ha de descubrir por su cuenta! Y cada poema en sí —concluye Blümner— no es nada: lo importante es la recitación que de él se hace...

IX

Hasta los autores líricos suelen —o solían en otro tiempo— poner unos disparates rítmicos en el lugar de la copla toda- vía no escrita, a fin de que los cantores pudieran ir ensayan-





do la tonada. A esto, en la jerga teatral de España, se llama-
ba “monstruos”.

Algún monstruo pudo quedar como letra definitiva, con la humorística presunción de pasar por griego: en el Teatro de Variedades, de Madrid, los Bufos Madrileños que dirigía Francisco Arderius estrenaron, en 1866, una zarzuela de Eusebio Blasco, con música del Maestro Rogel, —*El joven Telémaco*,— zarzuela en que Federico Ruiz Morcuende ha sorprendido el origen de la palabra “suripanta”. Esta palabra se usaría en adelante como equivalente popular de “mujer liviana”, y es como la abuela de la “bataclana” de nuestros días. Hé aquí la escena que nos importa:

CALIPSO.— Sentáos; y vosotras, entre tanto
(*dirigiéndose a las ninfas*)
que mis huéspedes sacian su apetito,
cantad a su redor.
(*A Telémaco*).

¿Te gusta el canto?

TELÉMACO.—No suele disgustarme, si es bonito.

CALIPSO.— Pues bien, empezad luego.

MENTOR.— Para más claridad, cantad en griego.

(*Música*)

CORO.— Suripanta-la-suripanta,
maca-trunqui-de somatén.
Sun fáribun- sun fáriben,
maca- trúpitem- sangásinen.

Eri- sunqui,
¡maca- trunqui!

Suripantén...
¡Suripén!
Suripanta-la-suripanta,
melitónimen — ¡son-pen!

Claro antecedente de los coros que últimamente hemos
oído en las revistas de Buenos Aires:

Cons- tan- ti- no- pla:
Ce-o-éne
ese-té
a-ene-té
i-ene-ó
pe-ele-á.

Todo esto recuerda los arrullos y frases rítmicas con que se
adormece a los niños (“A la rórro-rórro, A la rórro-ró”); o
aquéllas con que se les enseña a asociar los primeros sonso-
netes bucales con los primeros movimientos de las manos:
“Pon-pon-tata, medicito *pa* la gata”. Los muchachos de Mé-
xico designan así al que ha de llevar el primer turno en el jue-
go, señalando con cada pie rítmico a uno de los jugadores y
adjudicando el turno al que se queda con la última sílaba:

Tín
marín
dedó
pingüé
cúcara
mácara
pípiri
fue.

Y usan también este motivo, que vagamente pretende
ser una numeración corrida del uno al once:

De una
de dola
de tela
canela,
zumbaca
tabaca
de vira-virón:
cuéntalas
bien .

que las once
son.³

Me figuro que no puede ser otro el efecto que produzca, en las mentes vírgenes de todo contacto con la Lógica de las escuelas, aquella terrible enumeración de las figuras del silogismo:

Barbara Celarent Darii Ferio
Cesare Camestres Festino Baroco
Darapti Disamis Datisi Felapton Bocardo Ferison
Bramantip Camenes Dimaris Fesapo Fresison,

sin contar con el misterioso “Baralípton”, cuya representación mental sería curiosa de estudiar en los laboratorios de psicología.

X

Muchas novedades se descubren en los viejos libros de Lewis Carroll, nuestro precursor e incomparable maestro. En el país del espejo, “Alicia” encuentra un libro escrito en caracteres al revés, un libro en suma para ser leído en el espejo, donde hay aquella poesía: *Jabberwocky*, que comienza así:

’Twas brillig, and the slithy toves
Did gyre and gimble in the wabe:
All mimsy were the borogoves,
And the mome raths outgrabe.

Casi todos los sustantivos, adjetivos y verbos de este poema pertenecen a una lengua de fantasía:

—Me parece muy bello —dijo Alicia,— pero *más bien* difícil de entender. Sin embargo, me llena la cabeza de ideas, sólo que no sé precisamente de qué ideas se trata. En todo caso, una cosa es clara: que *alguien* da la muerte a *algo*.

XI

Ricardo Arenales, poeta de múltiples nombres, nacionalidad múltiple y también múltiple psicología, recordaba haber com-

³ Equivale al francés: “Une poule sur un mur —qui picotait du pain dur”, etc. Entiendo que en italiano hay también algo parecido: “Bajo el emparrado—nace la viña”, etcétera,

puesto de niño, sin darse cuenta, este arreglo silábico que frecuentemente se sorprendía recitando en su interior:

La galindinjóndi júndi,
la járdi jándi jafó,
la farajija jija,
la farajija fó.
Yáso déifo déiste húndio,
dónei sopo Don Comiso,
¿Samalesita!

En París, Toño Salazar (que no está seguro de no haber colaborado un poco con Arenales en la transcripción de este poema absoluto ¡tan anterior a Blümner!), solía recitarlo con una dicción impecable y fluída, desde la alegre “galindinjóndi” hasta la trágica “Samalesita”.

Es posible que de aquí tomara Mariano Brull la idea de componer una travesura silábica, que hizo aprender de memoria a sus dos niñas encantadoras. Y creedme que el efecto era irresistible cuando, en aquella sala donde solían oírse versos españoles del Romanticismo y de la Restauración, comparecía la mayorcita y, aceptando la broma con esa inmensa sencillez que tienen los niños, gorjeaba, dulce y llena de despejo, —en vez de la fábula manida o los machacones versos de párvulos— esta verdadera canción de pájaro:

Filiflama alabe cudre
ala olalúnea alífera
alveolea jitanjáfora
liris balumba salífera.

Olivia oleo olorife
Alalai cánfora sandra
milingítara girófora
zumbra ulalindre calandra.

Dí desde entonces en llamar “jitanjáforas” a las niñas de Brull, escogiendo para ellas la palabra más fragante del ramillete. Y ahora se me ocurre llamar “jitanjáfora” a esta manera de poema. Todos —a sabiendas o no— llevamos unas cuantas jitanjáforas escondidas como alondras en el pecho. Pero esto no es una razón para que las echemos a volar. €

Micromegas.

Historia filosófica*

I. VIAJE DE UN HABITANTE DEL MUNDO DE LA ESTRELLA SIRIO AL PLANETA SATURNO

En uno de esos planetas que giran en torno a la llamada estrella Sirio, había un joven de mucho espíritu al que tuve el honor de conocer en el último viaje que hizo a nuestro pequeño hormiguero; se llamaba Micromegas, nombre que les va bien a todos los grandes. Medía ocho leguas de alto; por ocho leguas entiendo veinticuatro mil pasos geométricos de cinco pies cada uno.

Algunos algebristas, gente siempre útil al público, tomarán enseguida la pluma y encontrarán que, como el señor Micromegas, habitante del país de Sirio, mide de la cabeza a los pies veinticuatro mil pasos, que dan ciento veinte mil pies de rey, y como nosotros, ciudadanos de la Tierra, apenas medimos cinco pies y nuestro globo nueve mil leguas de circunferencia, encontrarán, decía, que es absolutamente necesario que el globo de donde proviene mida veintiún millones seiscientas mil veces más de circunferencia que nuestra pequeña Tierra. Nada es más simple y más ordinario en la naturaleza. Los estados de algunos soberanos de Alemania o de Italia, que se pueden recorrer en media hora, comparados con los imperios de Turquía, Moscovia o China, no son más que una imagen débil de las prodigiosas diferencias que la naturaleza ha puesto en todos los seres.

Al ser su excelencia de la estatura que dije, todos nuestros escultores y todos nuestros pintores convendrán sin problema en que bien puede medir de cintura mil pies de rey, lo que hace una linda proporción.

*Traducción Hilda Becerril.

En cuanto a su espíritu, es uno de los más cultivados que hemos tenido; sabe muchas cosas; ha inventado algunas otras; todavía no cumplía doscientos cincuenta años y estudiaba, según la costumbre, en el colegio de jesuitas de su planeta, cuando adivinó, gracias a la fuerza de su inteligencia, más de cincuenta proposiciones euclidianas; dieciocho más que Blaise Pascal, quien, tras haber adivinado treinta y dos como jugando, según dice su hermana, vino a ser después un geómetra bastante mediocre y un metafísico muy malo. Hacia los cuatrocientos cincuenta años, al salir de la infancia, disecó muchos de esos pequeños insectos que no llegan a cien pies de diámetro y que se ocultan a los microscopios ordinarios; al respecto compuso un libro muy curioso pero que le acarreó algunos problemas. El mufti de su país, muy quisquilloso e ignorante, encontró en su libro proposiciones sospechosas, malsonantes, temerarias, heréticas, con olor a herejía y lo persiguió vivamente; se trataba de saber si la forma sustancial de las pulgas de Sirio era de la misma naturaleza que la de los caracoles. Micromegas se defendió con ingenio; puso a las mujeres de su lado; el proceso duró doscientos veinte años. Al final el mufti hizo que jurisconsultos que no lo habían leído condenaran el libro y el autor recibió orden de no aparecer por la corte en ochocientos años.

Mediocre fue la aflicción que le provocó el ser expulsado de una corte que sólo estaba llena de enredos y pequeñeces. Compuso una canción muy graciosa contra el mufti, quien ni se inmutó, y se puso a viajar de planeta en planeta para acabar de formar su espíritu y coraje, como se dice. Los que sólo viajan en silla de posta o en berlina se sorprenderán ciertamente de los equipajes de allá arriba porque nosotros, en nuestro montoncito de lodo, no concebimos nada más allá de nuestras costumbres. Nues-



tro viajero conocía de maravilla las leyes de la gravitación y todas las fuerzas atractivas y repulsivas. Se servía de ellas con tanto acierto que, ora con la ayuda de su rayo de sol, ora con la comodidad de un cometa, iba de globo en globo, él y los suyos, como un pájaro que revolotea de rama en rama. Recorrió la vía láctea en poco tiempo y me veo obligado a confesar que, entre ese sembradío de estrellas, nunca vio ese hermoso cielo empíreo que el ilustre vicario Derham se jacta de haber visto con su catalejo. No es que yo pretenda que el señor Derham haya visto mal, ¡Dios me ampare!, pero Micromegas se encontraba en los lugares, es buen observador y yo no quiero contradecir a nadie. Después de haber viajado bastante, Micromegas llegó al globo de Saturno. Por muy acostumbrado que estuviera a ver cosas nuevas, no pudo en un principio, al ver la pequeñez del globo y de sus habitantes, contener esa sonrisa de superioridad que a veces traiciona a los más sabios. Y es que, a fin de cuentas, Saturno es apenas novecientas veces más grande que la Tierra y los ciudadanos de ese país son enanos de tan sólo mil toesas de altura aproximadamente. Al principio se burló un poco de su gente, más o menos como un músico italiano se ríe de la música de Lulli cuando viene a Francia. Pero como el de Sirio tenía un buen en-

tendimiento, pronto comprendió que un ser pensante muy bien puede no ser ridículo por medir tan sólo seis mil pies de altura. Se familiarizó con los de Saturno luego de haberlos asombrado. Ligó estrecha amistad con el secretario de la Academia hombre de mucho espíritu, que a decir verdad no había inventado nada, pero que daba buena cuenta de las invenciones de los demás y que hacía versitos y grandes cálculos aceptablemente. Aquí relataré para satisfacción de los lectores, una singular conversación que Micromegas tuvo un día con el señor secretario.

2. CONVERSACIÓN DEL HABITANTE DE SIRIO CON EL DE SATURNO

Luego que su excelencia se hubo acostado y que el secretario se hubo acercado a su rostro:

—Hay que confesar —dijo Micromegas— que la naturaleza es muy variada.

—Sí —dijo el de Saturno— la naturaleza es como un arriate cuyas flores...

—¡Ay! —dijo el otro— olvide su arriate.

—Es —prosiguió el secretario— como una reunión de rubias y morenas cuyos atavíos...

—¡Oiga, qué me importan sus morenas! —dijo el otro.

—Es entonces como una galería de pinturas cuyos trazos...

—¡Que no! —dijo el viajero— una vez más, la naturaleza es como la naturaleza ¿A qué buscarle comparaciones?

—Para complacerlo —respondió el secretario.

—No quiero que me complazcan —respondió el viajero—, quiero que me instruyan; empiece por decirme primero cuántos sentidos tienen los hombres de su globo.

—Tenemos setenta y dos —dijo el académico— y nos quejamos a diario de que son pocos. Nuestra imaginación va más allá de nuestras necesidades; creemos que con nuestros setenta y dos sentidos, nuestro anillo, nuestras cinco lunas, estamos muy limitados; y a pesar de toda nuestra curiosidad y el número bastante grande de pasiones que resultan de nuestros setenta y dos sentidos, tenemos todo el tiempo para aburrirnos.

—Así lo creo —dijo Micromegas— ya que en nuestro globo tenemos cerca de mil sentidos y todavía nos queda no sé qué vago deseo, qué inquietud que sin cesar nos advierte que somos poca cosa y que hay seres mucho más perfectos. He viajado un poco; he visto mortales muy por debajo de nosotros; he visto otros muy superiores; pero no he visto uno solo que no tenga más deseos que verdaderas

necesidades y más necesidades que satisfacciones. Quizá llegaré algún día al país donde no falte nada, pero hasta ahora nadie me ha dado noticias positivas de ese país.

El de Saturno y el de Sirio se extenuaron entonces en conjeturas; pero luego de muchas reflexiones muy ingeniosas e inciertas, fue necesario volver a los hechos.

—¿Cuánto tiempo viven ustedes? —preguntó el de Sirio.

—¡Ay! muy poco —replicó el hombrecito de Saturno.

—Igual que nosotros —dijo el de Sirio— siempre nos quejamos de lo poco. Debe tratarse de una ley universal de la naturaleza.

—Desgraciadamente —dijo el de Saturno— no vivimos más que quinientas grandes revoluciones del Sol (lo que equivale poco más o menos a quince mil años, según nuestra forma de contar). Puede usted ver que es como morir casi al momento de haber nacido; nuestra existencia es un punto, nuestra duración un instante, nuestro globo un átomo. No bien ha comenzado uno a instruirse un poco cuando llega la muerte antes de que uno tenga experiencia. Por mi parte no me atrevo a hacer ningún proyecto; me veo como una gota de agua en un inmenso océano. Me siento avergonzado, sobre todo frente a usted, por la ridícula figura que hago en este mundo.

—Si no fuera usted filósofo —replicó Micromegas— temería afligirlo al decirle que nuestra vida es setecientas veces más larga que la de ustedes; pero usted sabe demasiado bien que cuando llega el momento de entregar el cuerpo a los elementos y reanimar la naturaleza bajo otra forma, a lo que se llama morir; cuando se llega a ese momento de metamorfosis, haber vivido una eternidad o haber vivido un día viene a ser exactamente lo mismo. Estuve en países donde la vida es mil veces más larga que en el mío y me encontré con que todavía refunfuñaban. Pero en todas partes hay gente con sentido común que sabe conformarse y agradecer al autor de la naturaleza. Él ha derramado sobre este universo una profusión de variedades con una especie de uniformidad admirable. Por ejemplo, todos los seres pensantes son diferentes y en el fondo todos se parecen por el don del pensamiento y de los deseos. La materia se halla extendida por doquier; pero en cada globo tiene diversas propiedades ¿Cuántas de estas diversas propiedades encuentran ustedes en su materia?

—Si habla de esas propiedades —dijo el de Saturno— sin las cuales, según creemos, este globo no podría subsistir tal cual es, contamos con trescientas, como la extensión, la impenetrabilidad, la movilidad, la gravitación, la divisibilidad y el resto.

—Aparentemente —replicó el viajero— ese número satisfacía los planes que el Creador tenía para ésta, su pequeña habitación. En todo admiro su sabiduría. Por todas partes veo diferencias, pero también veo proporciones por doquier. Su globo es pequeño, sus habitantes también lo son; ustedes tienen pocas sensaciones, su materia pocas propiedades; todo esto es obra de la Providencia ¿Si se examina bien, de qué color es su sol?

—De un blanco muy amarillento —dijo el de Saturno— y cuando dividimos uno de sus rayos, encontramos que tiene siete colores.

—Nuestro sol le tira al rojo —dijo el de Sirio— y tenemos treinta y nueve colores primitivos. No hay un sol, entre todos aquellos a los que me he acercado, que se le asemeje, así como entre todos ustedes no hay un solo rostro que no sea diferente de todos los demás.

Luego de varias preguntas de esta naturaleza, se informó acerca de cuántas sustancias esencialmente diferentes se conocían en Saturno. Supo que sólo se conocían unas treinta, como Dios, el espacio, la materia, los seres con extensión que sienten, los seres con extensión que sienten y piensan, los seres pensantes que no tienen extensión, los que se penetran, los que no se penetran y el resto. El de Sirio, en cuyo globo se conocían trescientas, y que había des-





cubierto otras tres mil en sus viajes, asombró prodigiosamente al filósofo de Saturno. Por fin, después de haberse comunicado uno al otro un poco de lo que sabían y mucho de lo que no sabían, después de haber razonado durante una revolución solar, resolvieron hacer juntos un pequeño viaje filosófico.

3. VIAJE DE LOS DOS HABITANTES, EL DE SIRIO Y EL DE SATURNO

Nuestros dos filósofos estaban listos para embarcarse en la atmósfera de Saturno con una buena provisión de instrumentos matemáticos, cuando la amante del de Saturno, que se había enterado, llegó bañada en llanto a hacerle reproches. Era una bonita morena que sólo medía sesenta toesas, pero que compensaba con otros atractivos la pequeñez de su estatura.

—¡Ah, cruel! —exclamó— después de haberme resistido a ti durante mil quinientos años, cuando al fin empezaba a entregarme, cuando apenas he pasado cien años entre tus brazos, me dejas por irte a viajar con un gigante de otro

mundo; vete, no eres más que un curioso, nunca has sentido amor; si fueras un verdadero hombre de Saturno, serías fiel. ¿A dónde corres? ¿Qué buscas? Nuestras cinco lunas son menos errantes que tú, nuestro anillo es menos cambiante. Ahora sí se acabó, nunca más amaré a nadie.

El filósofo la besó, lloró con ella por muy filósofo que fuera, y la dama, tras haberse desmayado, fue a consolarse con un petimetre de la región.

Entretanto nuestros dos curiosos partieron; saltaron primero sobre el anillo, que les pareció bastante plano, como lo adivinó muy bien un ilustre habitante de nuestro pequeño globo; de ahí fueron de luna en luna. Un cometa pasaba muy cerca de la última; se lanzaron a él con sus sirvientes e instrumentos. Cuando hubieron recorrido cerca de ciento cincuenta millones de leguas, encontraron los satélites de Júpiter. Pasaron al mismo Júpiter y allí se quedaron un año, durante el cual aprendieron hermosos secretos que ahora estarían bajo prensa a no ser por los señores inquisidores que encontraron algunas proposiciones un poco duras. Sin embargo yo leí el manuscrito en la biblioteca del ilustre arzobispo de..., que me dejó ver sus libros con esa generosidad y esa bondad que uno no sabría elogiar suficientemente.

Pero volvamos a nuestros viajeros. Al salir de Júpiter atravesaron un espacio de más o menos cien millones de leguas y costearon el planeta Marte que, como es sabido, es cinco veces más pequeño que nuestro pequeño globo; vieron dos lunas que sirven a ese planeta y que han escapado a las observaciones de nuestros astrónomos. Sé bien que el padre Castel escribirá, e incluso con bastante gracia, contra la existencia de estas dos lunas; pero me remito a los que razonan por analogía. Esos buenos filósofos saben qué difícil sería que Marte, al estar tan lejos del Sol, prescindiera de por lo menos dos lunas. De cualquier manera, nuestros amigos vieron aquello tan pequeño, que temieron no encontrar en qué acostarse y siguieron su camino como dos viajeros que desdeñan un cabaretucho de pueblo y siguen hasta la ciudad vecina. Pero el de Sirio y su compañero se arrepintieron pronto. Anduvieron mucho tiempo y no encontraron nada. Por fin percibieron un débil resplandor; era la Tierra; aquello causó piedad a la gente que venía de Júpiter. Sin embargo, por temor a arrepentirse una segunda vez, resolvieron desembarcar. Pasaron sobre la cauda del cometa y al encontrar lista una aurora boreal, se metieron dentro y llegaron a la Tierra sobre el borde septentrional del mar Báltico el cinco de julio de mil seiscientos treinta y siete, según el nuevo estilo.

Después de haber descansado algún tiempo, en el desayuno se comieron dos montañas que su gente les había preparado muy decentemente. Enseguida quisieron reconocer el pequeño país en el que estaban. Primero fueron de norte a sur. Los pasos ordinarios del de Sirio y de su gente eran de aproximadamente treinta mil pies de rey; el enano de Saturno los seguía de lejos, jadeante; ahora bien, tenía que dár doce pasos por cada zancada del otro; imagínense (si está permitido hacer tales comparaciones) a un perrito faldero siguiendo a un capitán de guardias del rey de Prusia.

Como esos extranjeros andan bastante rápido, le hubieran dado la vuelta al globo en treinta y seis horas; el Sol, o en realidad más bien la Tierra, hace un viaje igual en un día; pero hay que pensar que se va mucho más cómodo si se gira sobre su eje que si se camina con los pies. Hélos aquí que regresan de donde habían ido, después de haber visto ese charco, casi imperceptible para ellos, que llaman el Mediterráneo y ese diminuto estanque que, bajo el nombre de gran Océano, rodea la topinera. Al enano siempre le llegó el agua a media pierna y al otro apenas le había mojado el talón. Hicieron cuanto pudieron yendo y viniendo arriba y abajo para descubrir si este globo estaba habitado o no. Se agacharon, se acostaron y palparon por doquier; pero como entre sus ojos y manos y los diminutos seres que reptan aquí no existía proporción alguna, no recibieron la más mínima sensación capaz de hacerlos sospechar que nosotros y nuestros demás hermanos habitantes de este globo tenemos el honor de existir.

El enano, que juzgaba a veces demasiado rápido, decidió en un principio que no había nadie sobre la Tierra. Su primera razón era el no haber visto a nadie. Micromegas le hizo sentir con amabilidad que razonaba bastante mal:

—En efecto —decía— usted, con esos ojos tan pequeños, no distingue ciertas estrellas de la quincuagésima magnitud que yo percibo muy claramente; ¿acaso deduce usted de eso que dichas estrellas no existen?

—Pero —dijo el enano— si yo palpé bien.

—Pero sintió mal —respondió el otro.

—Pero —dijo el enano— este globo está tan mal construido, todo aquello es tan irregular y de una forma que se me hace tan ridícula, aquí todo parece estar en caos; ¿ve usted esos riachuelos de los que ninguno se va derecho, esos estanques que no son ni redondos, ni cuadrados, ni ovals, ni de ninguna forma regular?, ¿y todos esos granos puntiagudos de este erizado globo que me han despellejado los pies?



(Se refería a las montañas.) ¿Se fija usted además en la forma de todo el globo?, ¿cómo está plano en los polos, cómo gira con torpeza alrededor del Sol de manera que los climas polares son necesariamente incultivables? A decir verdad, lo que me hace pensar que aquí no hay nadie es que, a mi parecer, ninguna persona con sentido común desearía vivir aquí.

—Bueno —dijo Micromegas— quizá no es gente con sentido común la que habita aquí. En fin, parece que esto no fue hecho para nada. Dice usted que aquí todo lo encuentra irregular porque en Saturno y Júpiter todo está medido con exactitud ¿Sí! Tal vez por esa misma razón hay aquí un poco de confusión ¿No le dije que en mis viajes siempre había notado la variedad?

El de Saturno replicó a todas estas razones. La disputa no habría terminado nunca si Micromegas, alterándose al hablar, no hubiera roto por fortuna su collar de diamantes. Los diamantes cayeron; eran unos buenos quilatitos bastante desiguales; los más grandes pesaban cuatrocientas libras y los más pequeños cincuenta. El enano recogió algunos; al acercarlos a sus ojos se percató de que, por la manera en que estaban tallados, eran excelentes microscopios. Así que tomó un pequeño microscopio de ciento sesenta pies de diámetro y lo llevó a su pupila; Micromegas

escogió uno de dos mil quinientos pies. Eran excelentes pero al principio no vieron nada con su ayuda; había que adaptarse. Por fin el habitante de Saturno vio algo apenas perceptible que se movía entre dos aguas en el mar Báltico; era una ballena. Con suma destreza la tomó con el dedo meñique colocándola en la uña de su pulgar, la mostró al de Sirio, que por segunda vez se echó a reír de la excesiva pequeñez de los habitantes de nuestro globo. El de Saturno, convencido de que nuestro mundo estaba habitado, pronto se imaginó que sólo había ballenas y como era un gran razonador, quiso averiguar de dónde podía obtener su movimiento un átomo tan pequeño, si tenía ideas, una voluntad, libertad. Micromegas se vio en un gran embrollo; examinó al animal con mucha paciencia y el resultado del examen fue que no era posible creer que un alma se alojara allí. Los dos viajeros se inclinaban a pensar entonces que no había inteligencia alguna en nuestra morada, cuando con ayuda del microscopio distinguieron algo más grande que una ballena que flotaba en el mar Báltico. Se sabe que por esa misma época una bandada de filósofos regresaba del círculo polar, adonde había ido a hacer observaciones de las que nadie se había enterado hasta entonces. Las gacetas dijeron que su navío encalló en las costas de Botnia y que difícilmente se habrían salvado; pero en este mundo uno nunca sabe las vueltas que da la vida. Voy a contar ingenuamente cómo sucedieron las cosas, sin agregar nada de lo mío, lo cual representa un enorme esfuerzo para un historiador.



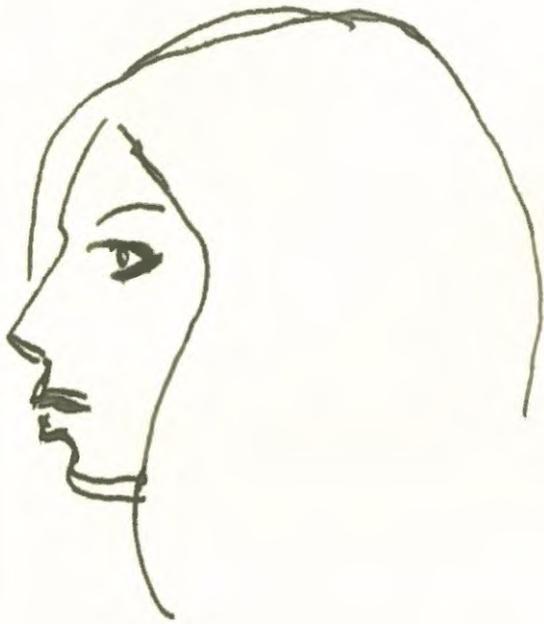
5. EXPERIENCIAS Y RAZONAMIENTOS DE LOS DOS VIAJEROS

Micromegas extendió la mano muy lentamente hasta el sitio donde aparecía el objeto y, adelantando los dedos y retirándolos por miedo a equivocarse, y luego abriéndolos y cerrándolos, tomó con habilidad el navío que llevaba a esos señores y lo puso sobre su uña, sin apretarlo mucho para no aplastarlo.

—He aquí un animal muy diferente al primero —dijo el enano de Saturno; el de Sirio colocó al pretendido animal en la palma de su mano. Todos los pasajeros y la gente de la tripulación, que se habían creído levantados por un huracán y que creían estar en una especie de roca, se ponen en movimiento; los marineros toman barriles de vino, los arrojan a la mano de Micromegas y luego se precipitan. Los geómetras toman sus cuadrantes, sus sectores y unas muchachas laponas, y descienden a los dedos del de Sirio. Tanto hicieron que por fin sintió algo que se movía y le hacía cosquillas en los dedos; era una barra de hierro que con el pie le estaban enterrando en el dedo índice; por este piquetillo pensó que algo había salido del animalito que sostenía; pero en un principio no sospechó nada más. El microscopio, que apenas permitía distinguir una ballena y un navío, no tenía alcance para un ser tan imperceptible como el hombre. No pretendo aquí chocar la vanidad de nadie, pero me veo obligado a pedir a los importantes que hagan una observación conmigo; tomando en cuenta la estatura de los hombres, de más o menos cinco pies, el tamaño que tenemos en la Tierra no es mayor al que tendría, en una bola de diez pies de circunferencia, un animal que midiera seiscientos mil veces menos que una pulgada. Imagínense una sustancia capaz de sostener a la Tierra en la mano y que tuviera órganos en proporción a los nuestros; y es muy posible que haya un gran número de estas sustancias; ahora bien, imagínense lo que pensarían de esas batallas que nos costaron dos pueblos que hubo que devolver.

No dudo que si algún capitán de los grandes granaderos lee alguna vez esta obra, aumentará por lo menos dos pies a los gorros de su tropa; pero le advierto que por más que haga, él y los suyos serán siempre infinitamente pequeños.

¿Qué maravillosa habilidad no fue entonces necesaria a nuestro filósofo de Sirio para percibir los átomos de los que acabo de hablar? Cuando Leuwenhoek y Hartsoeker vieron por primera vez, o creyeron ver, la semilla de la que estamos formados, no hicieron, por mucho, un descubri-



miento tan sorprendente. ¡Qué placer sintió Micromegas al ver moverse a esas maquinitas, al examinar todas sus faenas, al seguirlas en todas sus operaciones! ¡Cómo se admiraba! ¡Con qué júbilo puso un microscopio en manos de su compañero!

—Los veo —decían ambos a la vez—, ¿no ve usted cómo cargan bultos, cómo se agachan y se vuelven a levantar?

Al hablar así les temblaban las manos por el placer de ver objetos tan nuevos y por temor a perderlos. El de Saturno, que pasaba de un exceso de confianza a otro de credulidad, creyó verlos trabajando en la propagación. ¡Ah! Decía, sorprendió a la naturaleza *in fraganti*. Pero se dejaba engañar por las apariencias, lo que ocurre muy a menudo, ya sea que uno se sirva de microscopios o no.

6. LO QUE LES OCURRIÓ CON LOS HOMBRES

Micromegas, mucho mejor observador que su enano, vio claramente que los átomos se hablaban y así lo hizo notar a su compañero, quien, con la vergüenza de haberse equivocado en el asunto de la generación, no quiso creer que semejantes especies pudieran comunicarse ideas. Poseía el don de lenguas al igual que el de Sirio; como no oía hablar a nuestros átomos, suponía que no hablaban. Además, ¿có-

mo esos imperceptibles seres podrían tener los órganos de la voz y qué tendrían que decirse? Para hablar hay que pensar, o casi; pero si pensaban, tendrían entonces el equivalente de un alma y atribuir el equivalente de un alma a esta especie, eso sí que le parecía absurdo.

—Pero —dijo el de Sirio—, hace un rato usted creyó que hacían el amor; ¿cree usted acaso que se puede hacer el amor sin pensar y sin proferir palabra, o al menos sin hacerse oír? ¿Supone, por otro lado, que es más difícil producir un argumento que un hijo? A mí tanto el uno como el otro me parecen grandes misterios.

—Ya no me atrevo ni a creer ni a negar —dijo el enano—, ya no tengo opinión. Hay que intentar examinar estos insectos; ya razonaremos después.

—Muy bien dicho —prosiguió Micromegas y de inmediato sacó unas tijeras con las que se cortó las uñas, y con una cascarita de la uña de su pulgar confeccionó en el acto una especie de trompeta parlante como un gran embudo y se llevó el extremo más angosto de éste al oído. La circunferencia del embudo envolvía el navío y a toda la tripulación. La voz más débil entraba en las fibras circulares de la uña; de manera que, gracias a su habilidad, el filósofo de allá arriba oyó perfectamente el zumbido de nuestros insectos de acá abajo. En pocas horas logró distinguir las palabras y por fin llegó a entender el francés. El enano hizo lo mismo aunque con más dificultad. El asombro de los viajeros se redoblaban a cada instante. Oían hablar a unas polillas y con bastante sentido común; este juego de la naturaleza les parecía inexplicable. Como podrán imaginarse, el de Sirio y su enano ardían de impaciencia por entablar conversación con los átomos; el enano temía que su estruendosa voz, y sobre todo la de Micromegas, dejara sordas a las polillas sin que éstas la pudieran entender. Había que disminuir la fuerza. Se pusieron en la boca una especie de palillo cuyo extremo afilado venía a dar muy cerca del navío. El de Sirio sostenía al enano en sus rodillas y al navío con la tripulación en la uña; bajaba la cabeza y hablaba quedo. Por fin, con todas estas precauciones y muchas más todavía, inició así su discurso:

—Insectos invisibles, nacidos en el abismo de lo infinitamente pequeño según plugo a la mano del Creador, yo le estoy agradecido por haberse dignado revelarme secretos que parecían impenetrables. Quizá no se dignarían verlos en mi corte; pero yo no desprecio a nadie y les ofrezco mi protección.

Si alguna vez hubo gente asombrada, fue la que oyó estas palabras. No podían adivinar de dónde provenían. El



capitán del navío recitó las plegarias de los exorcismos, los marineros juraron y los filósofos hicieron un sistema; pero con todo y el sistema que hicieron nunca pudieron adivinar quién les hablaba. El enano de Saturno, que tenía la voz más suave que Micromegas, les dijo en pocas palabras con qué especies trataban. Les contó el viaje desde Saturno, los puso al tanto acerca de lo que era el señor Micromegas y, después de haberlos compadecido por ser tan pequeños, les preguntó si siempre habían estado en esa miserable condición tan próxima al aniquilamiento, lo que hacían en un globo que parecía pertenecer a las ballenas, si eran felices, si se multiplicaban, si tenían un alma y otras cien preguntas de esta naturaleza.

Un razonador del grupo, más audaz que los otros y contrariado de que dudaran de su alma, observó al interlocutor con unas pínulas asestadas en un cuadrante, fijó dos estaciones y en la tercera habló así:

—¿Cree usted entonces, señor, que porque mide mil toesas de la cabeza a los pies es usted un...

—¡Mil toesas! —exclamó el enano— ¡Santo cielo! ¿Cómo puede saber mi estatura? ¡mil toesas! No se equivoca ni por una pulgada; ¡qué! ¡este átomo me ha medido! Es geometra, sabe mi tamaño, y yo, que sólo lo veo a través de un microscopio, ¡no sé todavía el suyo!

—Sí, yo lo medí —dijo el físico— y además voy a medir a su enorme compañero.

La proposición fue aceptada. Su Excelencia se acostó a todo lo largo, porque si se hubiera mantenido de pie, su cabeza hubiera llegado muy por encima de las nubes. Nuestros filósofos le plantaron un gran árbol en un sitio que el doctor Swift nombraría, pero yo me abstendré de llamar por su nombre, a causa de mi gran respeto por las damas. Luego, gracias a una secuencia de triángulos unidos entre sí, llegaron a la conclusión de que lo que veían era en efecto un joven de ciento veinte mil pies de rey.

Entonces Micromegas pronunció estas palabras:

—Ahora más que nunca, veo que no hay que juzgar nada por su tamaño aparente. ¡Oh, Dios!, tú que has dotado con una inteligencia a sustancias que parecían tan despreciables, lo infinitamente pequeño te cuesta tan poco como lo infinitamente grande; y si es posible que haya seres más pequeños que éstos, es posible que todavía tengan una inteligencia superior a la de esos soberbios animales que he visto en el cielo y de los cuales bastaría un solo pie para cubrir el globo al que he descendido.

Uno de los filósofos le respondió que con toda seguridad podía creer que en efecto hay seres inteligentes mucho más pequeños que el hombre. No sólo le contó todas las cosas fabulosas que dijo Virgilio sobre las abejas, sino lo que Swammerdam descubrió y lo que disecó Réaumur. Finalmente le hizo saber que hay animales que son para las

abejas lo que las abejas son para el hombre, lo que el mismo habitante de Sirio era para esos animales tan enormes de los que hablaba y lo que estos grandes animales son para otras sustancias ante las cuales parecerían átomos. Poco a poco la conversación se puso interesante y Micromegas habló así.

7. CONVERSACIÓN CON LOS HOMBRES

¡Oh! Átomos inteligentes, en los que el Ser eterno dispuso gustoso manifestar su destreza y su poder, ciertamente ustedes deben disfrutar de gozos mucho más puros en su globo, ya que, al tener tan poca materia y al parecer espíritu puro, deben dedicar su vida al amor y al pensar; esa es la auténtica vida de los espíritus. No he visto en ninguna parte la dicha verdadera, pero aquí seguramente sí está.

Ante este discurso, todos los filósofos sacudieron la cabeza y uno de ellos, más franco que los otros, confesó de buena fe que, con excepción de un pequeño número de habitantes que gozan de muy poca consideración, todo el resto es un conjunto de locos, de perversos y de desdichados.

—Tenemos más materia de la que necesitamos —dijo— para hacer mucho mal, si el mal viene de la materia; y demasiado espíritu si el mal viene del espíritu. ¿Sabe usted por ejemplo, que, en el instante en el que le hablo, hay cien mil locos de nuestra especie, que llevan sombrero, y que matan a otros cien mil animales de turbante o que son masacrados por ellos, y que así se acostumbra por toda la Tierra desde tiempo inmemorial?

El de Sirio se estremeció y preguntó cuál podría ser el motivo de esas horribles querellas entre animales tan raquíticos.

—Se trata —dijo el filósofo— de un montón de lodo tan grande como su talón. No es que alguno de entre esos millones de hombres que se hacen matar aspire a un comino de ese montón de lodo. Sólo se trata de saber si pertenecerá a un fulano que llaman Sultán o a otro que, no sé por qué, llaman César. Ni uno ni otro ha visto ni verá nunca el rinconcillo de tierra de que se trata; y casi ninguno de esos animales, que se despedazan mutuamente, ha visto nunca el animal por el que se despedazan.

—¡Ah!, ¡desdichados! —exclamó el de Sirio con indignación—, ¿puede concebirse tal exceso de rabia furiosa? Me dan ganas de dar tres pasos y destruir de tres puntapiés todo este hormiguero de asesinos ridículos.



—No se tome la molestia —le respondieron— ellos ya trabajan bastante en su propia ruina. Sepa que al cabo de diez años no queda ni la centésima parte de esos miserables; sepa que, aunque no hubieran desenvainado la espada, el hambre, la fatiga o la intemperancia los arrastran a la muerte casi a todos. Además, no es a ellos a los que se debe castigar, sino a esos bárbaros sedentarios que desde el fondo de su gabinete ordenan, durante la hora de la digestión, la masacre de un millón de hombres para enseguida hacer que por ello se dé gracias a Dios solemnemente.

El viajero se sentía conmovido de piedad por la pequeña raza humana en la que descubría tan sorprendentes contrastes.

—Ya que ustedes están entre el reducido número de los sabios —dijo a esos señores—, y ya que aparentemente no matan a nadie por dinero, ¿pueden decirme a qué se dedican?

—Disecamos moscas —dijo el filósofo—, medimos líneas, sumamos números; estamos de acuerdo en dos o tres puntos que comprendemos y discutimos sobre dos o tres mil que no comprendemos.

De inmediato se les ocurrió al de Sirio y al de Saturno interrogar a esos átomos pensantes para saber en qué cosas convenían.

—¿Cuánto calculan ustedes —dijo— de la estrella de Ca-

nícula a la gran estrella de los Gemelos?

—Todos respondieron a la vez:

—Treinta y dos grados y medio.

—¿Cuánto de aquí a la Luna?

—Sesenta medios diámetros de la Tierra en números redondos.

—¿Cuánto pesa su aire?

Creía que los había atrapado, pero todos le dijeron que el aire pesa alrededor de novecientas veces menos que un volumen parecido del agua más ligera y diecinueve mil veces menos que el oro de ducado. El enano de Saturno, asombrado de sus respuestas, se vio tentado a tomar por brujos a esas mismas personas a las que un cuarto de hora antes les había negado un alma.

Al fin Micromegas les dijo:

—Ya que saben tan bien lo que está fuera de ustedes, sin duda sabrán mejor todavía lo que está dentro. Díganme lo que es su alma y cómo forman sus ideas.

Los filósofos hablaron todos a la vez como un poco antes, pero fueron de distintos pareceres. El más viejo citaba a Aristóteles, otro pronunciaba el nombre de Descartes; ese de allá, el de Malebranche; aquel otro, el de Leibniz; este otro el de Locke. Un viejo peripatético dijo muy alto con confianza.

El alma es una entelequia y una razón por la que tiene la facultad de ser lo que es. Es lo que declara expresamente Aristóteles, página 633 de la edición del Louvre. *Ἐντελεχεία ἐστὶ* etcétera.

—No entiendo bien el griego —dijo el gigante.

—Yo tampoco —dijo la pollita filosófica.

—¿Entonces por qué —prosiguió el de Sirio— cita usted a un tal Aristóteles en griego?

—Es que —replicó el sabio— hay que citar bien lo que uno no entiende en lo absoluto en la lengua que menos se conoce.

El cartesiano tomó la palabra y dijo:

—El alma es un espíritu puro que ha recibido en el vientre de su madre todas las ideas metafísicas y que, al salir de ahí, está obligado a ir a la escuela y a aprender de nuevo lo que supo tan bien y que no sabrá más.

—Entonces no valía la pena —respondió el animal de ocho leguas— que tu alma fuera tan sabia en el vientre de tu madre para ser tan ignorante cuando tú tuvieras barba en el mentón. Pero ¿qué entiendes por espíritu?

—¿Qué es lo que me pregunta? —dijo el razonador— no tengo la menor idea; dicen que no es materia.

—¿Pero al menos sabes qué es la materia?

—Muy bien —respondió el hombre—. Por ejemplo, esta



pedra es gris y de tal forma, tiene sus tres dimensiones, pesa y es divisible.

—¡Ajá! —dijo el de Sirio—, esta cosa que te parece divisible, con peso y gris, ¿me dirías lo que es? Ves algunos atributos, pero, el fondo de la cosa, ¿lo conoces?

—No —dijo el otro.

—Luego, no sabes lo que es la materia.

Entonces el señor Micromegas, dirigiendo la palabra a otro sabio que sostenía en el pulgar, le preguntó lo que era su alma y lo que hacía.

—Nada en lo absoluto —respondió el filósofo malebranchista—, es Dios el que hace todo por mí; veo todo en él, hago todo en él; es él quien hace todo sin que yo intervenga.

—Más valdría no ser, prosiguió el sabio de Sirio. Y tú, mi amigo —le dijo a un leibniziano que estaba allí—, ¿qué es tu alma? —Es, respondió el leibniziano, una manecilla que inicia las horas mientras mi cuerpo repiquetea; o bien, si usted prefiere, es ella la que repiquetea mientras mi cuerpo indica las horas; o bien mi alma es el espejo del universo y mi cuerpo es la orilla del espejo; eso está claro.

Un modesto partidario de Locke estaba por allí, muy cerca; y cuando por fin le dirigieron la palabra dijo:

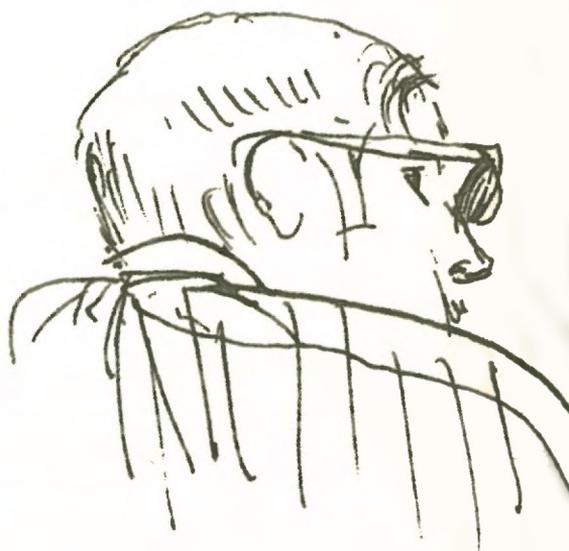
—No sé cómo pienso, pero sé que siempre he pensado sólo por medio de mis sentidos. Que haya sustancias in-
materiales e inteligentes, eso no lo dudo; pero que sea im-
posible a Dios comunicar el pensamiento a la materia, eso
sí lo dudo mucho. Rindo reverencia al poder eterno, no
me corresponde limitarlo; no afirmé nada, me conformo
con creer que hay más cosas posibles de las que uno pien-
sa.

El animal de Sirio sonrió; aquél no le pareció el menos
sabio; y el enano de Saturno hubiera abrazado al sectario
de Locke a no ser por la extrema desproporción. Pero por
desgracia había allí un pequeño animáculu con bonete
que arrebató la palabra a todos los animáculos filosóficos;
dijo que sabía todo el secreto, que se encontraba en la *Su-
ma* de Santo Tomás; miró de arriba a abajo a los habitantes
celestes; les sostuvo que sus personas, sus mundos, sus so-
les, sus estrellas, todo estaba hecho únicamente para el
hombre. Al oír este discurso, nuestros dos viajeros se deja-

ron ir el uno sobre el otro ahogándose en esa risa inextin-
guible que, según Homero, es regalo de los dioses; sus
hombros y sus vientres iban y venían, y en esas convulsio-
nes el navío, que el de Sirio sostenía sobre la uña, cayó en
una bolsa del pantalón del de Saturno. Los dos amigos lo
buscaron largo rato; por fin volvieron a encontrar a la tri-
pulación y la acomodaron con mucha propiedad. El de Si-
rio tomó de nuevo a las pequeñas polillas; les habló aun
con mucha bondad, aunque en el fondo de su corazón es-
tuviera un poco molesto de ver que los infinitamente pe-
queños tenían un orgullo casi infinitamente grande.
Prometió que les haría un buen libro de filosofía, muy me-
nudo para que pudieran usarlo, y que en ese libro verían el
fondo de las cosas. Efectivamente, les dio este volumen an-
tes de su partida; lo llevaron a París a la Academia de cien-
cias, pero cuando el secretario lo hubo abierto, no vio nada
más que un libro en blanco:

—¡Ah! —dijo—, ya me lo figuraba. €





La marginalidad en México: un nuevo índice

El Consejo Nacional de Población (Conapo) ha calculado un índice de marginalidad* a nivel de municipio, de delegación y por entidad federativa para los años de 1990 y 2000. Este índice permite clasificar a las diferentes áreas en cinco niveles, desde muy baja hasta muy alta marginalidad. Las categorías son: muy alta, alta, media, baja y muy baja marginalidad. Este indicador ha resultado ser de gran relevancia para tener un mapa de la marginalidad del país. Esto permite darle prioridad en materia de planes sociales y económicos a los lugares con mayores rezagos a fin de reducir las brechas existentes. Sin embargo, el índice tiene una limitación, y es que no permite hacer comparaciones en el tiempo. Por ejemplo, el estado de Nayarit aparece con un índice de marginación en 1990 de -0.134 , ubicándose en el nivel medio. En el año 2000, aparece con un índice de 0.05813 y con un grado de marginación alto. ¿Cómo interpretar estas cifras en forma sencilla y clara? Esto significaría que la entidad se volvió más marginal, porque pasó de negativo a positivo. Entre más negativo el índice, menor marginalidad y entre más positivo, mayor marginación. No obstante, al comparar los porcentajes de las nueve variables, se observa que la marginación de esa entidad se ha reducido en el periodo 1990-2000. Todos los indicadores de las variables disminuyen entre 1990 y 2000, como se puede observar en el cuadro 1.

Este ejemplo muestra la imposibilidad de realizar comparaciones en el tiempo. Sin quitarle la importancia que

*El índice de marginalidad del Conapo se construye a partir del Método de Componentes Principales. Este método transforma un conjunto de variables en un número menor de factores.

Cuadro 1. Nayarit: variables que miden el índice de marginalidad, 1990 y 2000

Variable	1990	2000
% Población analfabeta de 15 años o más	11.34	9.05
% Población sin primaria completa de 15 años y más	41.67	31.97
% Ocupantes en viviendas sin drenaje ni servicio sanitario exclusivo	18.24	9.52
% Ocupantes en viviendas sin energía eléctrica	8.67	4.75
% Ocupantes en viviendas sin agua entubada	16.1	9.53
% Viviendas con algún nivel de hacinamiento	58.91	44.14
% Ocupantes en viviendas con piso de tierra	21.63	13.25
% Población en localidades con menos de 5 000 habitantes	48.76	43.68
% Población ocupada con ingreso de hasta dos salarios mínimos	53.63	56.25

tiene el índice del Conapo, considero que puede hacerse una mejora en cuanto a su interpretación. Si pudiéramos adaptar los porcentajes de las variables a una calificación más fácil de entender, y que pudieran compararse en el tiempo, sería también más fácil evaluar los logros alcanzados. En nuestro país, el sistema de evaluación en la escuela, usa el rango de 0 a 10 de calificación. Estamos muy acostumbrados a este tipo de evaluaciones. Una nota de 10 es un aprovechamiento excelente y menos de 5 es reprobado. Todos nos poníamos muy alegres con un 10 y nos dolía el estómago con un 5, sobre todo cuando llevábamos



las boletas a firmar con nuestros padres. Un cero, ya ni se diga, era una tragedia. La ventaja de un sistema como éste es que podíamos comparar nuestras notas con las de otros compañeros y con las de nosotros mismos en el tiempo. Para el caso que nos ocupa, podemos comparar las notas resultantes y obtener un parámetro del esfuerzo por realizar.

¿Cómo podríamos aplicar un sistema así a la medición de la marginalidad?

Primero, podríamos obtener un promedio de los porcentajes de las variables. Segundo, le ponemos una nota de 10 al municipio, delegación o entidad federativa que se acerque a 0% en las variables que miden la marginalidad. Por ejemplo, si el promedio de todos los porcentajes que miden la marginación es 0%, le ponemos un 10 a ese municipio, delegación o estado. Si en cambio, el promedio de las variables que miden la marginalidad es de 100%, la calificación sería de 0. Para obtener una calificación intermedia, utilizamos una regla de tres directa como la que aprendimos en cuarto de primaria. Un proceso equivalente, es ponerle una nota a cada variable y luego hacer un promedio de las calificaciones. Se obtienen los mismos resultados que en el caso descrito al principio de este párrafo.

La fórmula es: $\text{Calificación} = 1/10 (100 - X)$; donde X es el promedio de los porcentajes de las variables que miden la marginalidad.

¿Qué tanto nos cambia la jerarquización de los estados, municipios o delegaciones respecto a la marginalidad?

Todo depende de que tan cercana sea la relación entre el índice de marginalidad del Conapo y las calificaciones obtenidas a partir de este método. Al analizar los coeficientes de correlación a nivel de entidad federativa entre ambos indicadores, encontramos un alto coeficiente de correlación. El índice de marginalidad del Conapo y la calificación de avance contra la marginalidad tienen un coeficiente de correlación de -0.995 para 1990 y de -0.997 para el año 2000. Ambos se acercan a -1 . Al revisar la matriz de correlación de las variables, encontramos también una alta correlación entre ellas. Esto quiere decir, que el conjunto de variables puede transformarse en un número reducido de dimensiones.

Lo anterior significa que en la práctica podemos utilizar indistintamente el índice de marginalidad o la calificación de avance contra la marginación. La diferencia es que esta última es de fácil interpretación y comparable en el tiempo. Con esta calificación, los municipios, las delegaciones y las entidades federativas pueden evaluar su grado de avance.

Cuadro 2. Índice de Marginalidad y Calificación de Avance contra la Marginalidad, por entidad federativa, 1990 y 2000

Entidad	Índice de marginalidad		Calificación de Avance contra la marginalidad*		Incremento		Tasa de Incremento Medio Anual
	1990	2000	1990	2000	Decenal	Medio Anual	(%)
Nacional			6.97	7.71	0.74	0.074	1.062
Aguascalientes	-0.890	-0.973	7.68	8.42	0.74	0.074	0.964
Baja California Nte.	-1.345	-1.268	8.12	8.79	0.67	0.067	0.825
Baja California Sur	-0.969	-0.802	7.74	8.33	0.59	0.059	0.762
Campeche	0.480	0.702	6.41	7.15	0.74	0.074	1.154
Coahuila	-1.053	-1.202	7.85	8.67	0.82	0.083	1.057
Colima	-0.756	-0.687	7.60	8.22	0.62	0.062	0.816
Chiapas	2.360	2.251	4.63	5.86	1.23	0.124	2.678
Chihuahua	-0.872	-0.780	7.65	8.37	0.72	0.072	0.941
Distrito Federal	-1.690	-1.529	8.50	8.93	0.43	0.043	0.506
Durango	0.012	-0.114	6.69	7.69	1.00	0.101	1.510
Guanajuato	0.212	0.080	6.64	7.59	0.95	0.096	1.446
Guerrero	1.747	2.118	5.14	6.02	0.88	0.089	1.732
Hidalgo	1.170	0.877	5.65	6.87	1.22	0.123	2.177
Jalisco	-0.768	-0.761	7.57	8.30	0.73	0.073	0.964
México	-0.604	-0.605	7.44	8.14	0.70	0.070	0.941
Michoacán	0.363	0.449	6.47	7.26	0.79	0.080	1.236
Morelos	-0.457	-0.356	7.24	7.91	0.67	0.067	0.925
Nayarit	-0.134	0.058	6.90	7.53	0.63	0.063	0.913
Nuevo León	-1.377	-1.393	8.18	8.86	0.68	0.068	0.831
Oaxaca	2.055	2.079	4.82	5.98	1.16	0.117	2.427
Puebla	0.831	0.720	6.03	7.03	1.00	0.101	1.675
Querétaro	0.161	-0.107	6.63	7.75	1.12	0.113	1.704
Quintana Roo	-0.191	-0.359	7.07	8.03	0.96	0.097	1.372
San Luis Potosí	0.749	0.721	6.08	7.11	1.03	0.104	1.711
Sinaloa	-0.141	-0.100	6.91	7.68	0.77	0.078	1.129
Sonora	-0.860	-0.756	7.65	8.28	0.63	0.063	0.824
Tabasco	0.517	0.655	6.17	7.01	0.84	0.085	1.378
Tamaulipas	-0.609	-0.691	7.45	8.27	0.82	0.083	1.114
Tlaxcala	-0.036	-0.185	6.86	7.69	0.83	0.084	1.224
Veracruz	1.130	1.278	5.75	6.64	0.89	0.090	1.565
Yucatán	0.400	0.381	6.47	7.36	0.89	0.090	1.391
Zacatecas	0.568	0.298	6.12	7.27	1.15	0.116	1.895

*La calificación varía de 0 a 10.

Nota: Coeficiente de correlación entre el Índice de Marginalidad del Consejo Nacional de Población (Conapo) y la Calificación de avance contra la marginalidad, para:

1990 ($r = -.994538$)

2000 ($r = -.997193$)

La calificación a nivel nacional se calculó con la fórmula: $\text{Calificación} = 1/10 (100 - X)$; donde X es el promedio de los porcentajes de las variables que miden la marginalidad.

En el cuadro 2 aparecen los resultados de este nuevo indicador, en el cual es posible observar que la calificación más elevada contra la marginalidad la tiene el Distrito Federal con 8.93 en el año 2000 y la calificación más baja la tiene Chiapas con 5.86, también para el año 2000.

En este cuadro también se puede observar cómo los mayores incrementos en la calificación los tuvieron Chiapas, Oaxaca e Hidalgo, ya que debido a sus bajas notas es "más fácil" observar un mayor incremento marginal, que aquellas entidades federativas que tienen calificaciones elevadas.

Con el fin de presentar un ejemplo a nivel de municipio o delegación, aplicaré la metodología a los 10 municipios

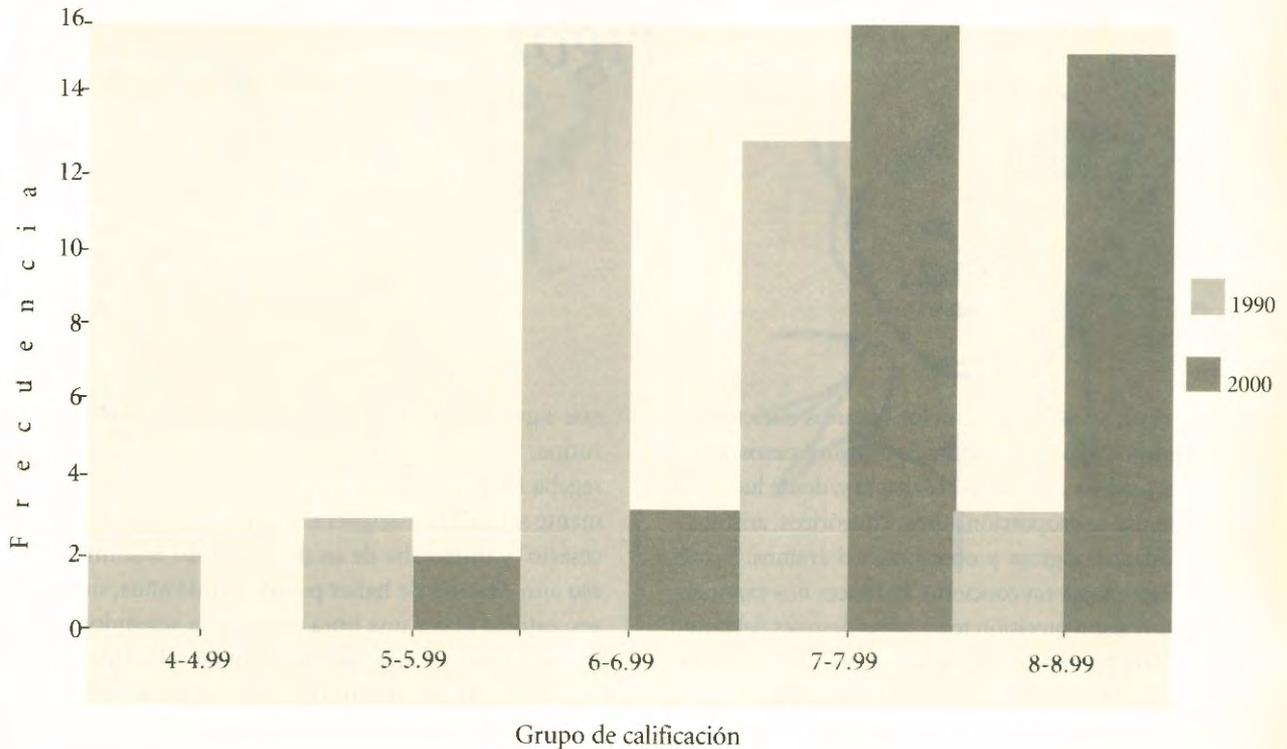
o delegaciones con menor grado de marginalidad y a los 10 municipios de más elevada marginación con base en los índices determinados por el Conapo para el año 2000. Los resultados aparecen en el cuadro 3 ordenados en función de la calificación que les corresponde en el año 2000. Tengo que reconocer que el coeficiente de correlación sólo fue calculado a nivel de entidad federativa y faltaría por verificar que este coeficiente a nivel de municipio o delegación es también elevado. Supongo que esto ocurre así.

De los cuadros se desprende una reducción en la brecha entre los niveles más altos de marginalidad y los más bajos a nivel estatal. Asimismo, se observa una mejora en los

Cuadro 3. Presentación de los diez municipios de más alta marginación y los diez municipios o delegaciones de más baja marginación, según las calificaciones obtenidas con los datos de las variables en el año 2000

<i>Más alta marginación</i>					<i>Más baja marginación</i>				
<i>Municipio y entidad</i>	<i>Calificación</i>		<i>Variación anual</i>	<i>Tasa anual (%)</i>	<i>Municipio o delegación y entidad</i>	<i>Calificación</i>		<i>Variación anual</i>	<i>Tasa anual (%)</i>
	<i>1990</i>	<i>2000</i>				<i>1990</i>	<i>2000</i>		
Matlatónoc, Gro.	0.84	1.87	0.10	12.34	Benito Juárez, D.F.	9.19	9.51	0.03	0.35
Santiago					San Pedro				
Amoltepec, Oax.	1.00	2.28	0.13	12.88	Garza García,				
Tehuipango, Ver.	0.85	2.29	0.14	17.05	N.L.	8.93	9.43	0.05	0.56
Coicoyan de las					San Nicolás de				
Flores, Oax.	1.04	2.46	0.14	13.74	los Garza, N.L.	8.79	9.35	0.06	0.64
Chalchihuitán,					Coyoacán, D.F.	8.84	9.24	0.04	0.46
Chis.	1.60	2.47	0.09	5.47	Chihuahua,				
Sta. Lucía					Chih.	8.56	9.21	0.07	0.76
Miahuatlán, Oax.	1.50	2.55	0.11	7.05	Coacalco de				
Mixtla de	1.02	2.71	0.17	16.68	Berriozabal,				
Altamirano, Ver.	1.02	2.71	0.17	16.68	Méx.	8.87	9.20	0.03	0.37
Sta. Cruz					Miguel Hidalgo, D.F.	8.78	9.18	0.04	0.46
Zenzontepec, Oax.	1.54	2.73	0.12	7.78	Cuahtémoc, D.F.	8.79	9.13	0.03	0.39
Atlixnac, Gro.	1.87	2.76	0.09	4.79	Metepéc, Méx.	8.46	9.02	0.06	0.67
Sitalá, Chis.	1.52	2.83	0.13	8.68	Cananea, Son.	8.72	9.04	0.03	0.37

Gráfica 1.
Número de entidades federativas según
el grupo de calificación de marginalidad



indicadores que miden la marginalidad. Esto se constata con la gráfica 1.

Al analizar los resultados a nivel de municipio o delegación observamos como la Benito Juárez, en el D.F. tiene en el año 2000 la calificación más elevada: 9.51 y el municipio de mayor marginalidad en el país es Matlatónoc, Guerrero, con una nota de 1.87. La diferencia entre la calificación más elevada y la más baja en este año es 7.64. En 1990, la Benito Juárez tenía una nota de 9.19 y Matlatónoc tenía una calificación de 0.84. La diferencia era de 8.35. Entre los 10 municipios o delegaciones de menor marginalidad se encuentran cuatro del Distrito Federal, dos de Nuevo León, dos del Estado de México, uno de Chihuahua y uno de Sonora. Mientras que entre los 10 municipios o delegaciones de mayor marginalidad se encuentran cuatro de Oaxaca, dos de Chiapas, dos de Guerrero y dos de Veracruz. Sin embargo, hay que hacer notar las enormes diferencias existentes en el país.

Deseo señalar que este trabajo sólo ha pretendido mostrar como es posible usar una técnica más sencilla para ob-

tener un mapa de la marginalidad, el cual posibilita la comparación en el tiempo y en el espacio. Aun cuando la correlación entre el índice de marginalidad del Conapo y la calificación obtenida en el presente documento no hubiera sido elevada, es posible estadísticamente construir un sistema similar. Quiero mencionar además, que no he pretendido en este documento discutir el concepto teórico de marginalidad, lo he adoptado de la investigación del Conapo. Aunque en el futuro pudiera ser importante analizar si éstas u otras variables pudieran reflejar en mejor forma la marginación en México.

Finalmente, quiero destacar que en ocasiones es preferible disponer de un método más accesible, de fácil comprensión y útil para la planeación. Se ha observado que fórmulas aparentemente elementales permiten explicar fenómenos complejos. Recordemos la famosa fórmula: Energía igual a masa por velocidad de la luz al cuadrado ($E= m c^2$), ésta tiene sólo tres elementos y siu embargo es una de las ecuaciones que han cambiado al mundo.☺

En rigor

En rigor, así vivíamos, con los horarios estrictos y el tiempo justo, la ropa dura, los zapatos tiesos, siempre limpios y brillantes. Mi cama y, desde luego, las sábanas tenían la proporción áurea. Pitagóricos, aristotélicos, cartesianos, lógicos y obsesivos, así éramos. Y más cuando Padre tenía un concierto. Entonces nos exponenciábamos, nuestra precisión tenía cifras después del punto decimal. Los horarios se cumplían al segundo y las instrucciones de Padre no dejaban lugar a la interpretación. Especificaba (por ejemplo) con milimétricas coordenadas (que revisaba de hinojos con regla y transportador) el lugar frente al piano que debería tener el banquillo, mi posición sobre el mueble y el ángulo de mis muñecas.

Aquel día, aunque era especial, no había razón para adelantar la práctica matutina, así que dediqué cinco minutos con 32 segundos a tomar mis 115 mililitros de café antes de poner las manos sobre el piano a las ocho de la mañana. Concluí a las 11:31'06" para el almuerzo.

Mi almuerzo era de 680 ± 30 calorías, y es que a Madre se le complicaba un poco el cálculo energético de nuestros alimentos pues la báscula de la cocina era un instrumento tosco con una incertidumbre de 20 gramos. Padre estaba buscándole, para el 10 de mayo (día de la madre), una buena balanza que, con el juego de pipetas para el aceite, las probetas de todos los tamaños, el vernier y el rebanador, preciso aunque no tanto como para que lo pudiéramos llamar microtomo (lo apodábamos "el militomo"), ayudaría a meter un poco de orden en nuestro caótico mundo culinario.

Creo que Madre se sentía un poco sola y algo indefensa. No había aprendido a encontrar calorcito en las matemáticas, seguridad en la precisión, amabilidad en la pureza de un 'la' de 440.00 Hertzios, no sabía disfrutar de la libertad

que significa estrechar los propios límites o planear la rutina. Se refugiaba, en cambio, en su jardín, en donde regaba las plantas con la cantidad de agua que buenamente salía de la manguera, las podaba "cuando era necesario" y disfrutaba de su desordenado crecimiento. Y eso aun después de haber pasado veinte años, siete meses, catorce días y una hora con treinta segundos de estar casada con Padre, tiempo contado al momento en que iniciaron los sucesos que dieron pretexto para este escrito: durante el almuerzo del día de mi presentación como solista al piano con la orquesta de Padre, inusitadamente, porque nunca hablábamos de música o conciertos durante las comidas, Madre, en una obvia referencia a los sucesos que nos esperaban esa noche, me dijo a las 11:35'13": —¿Estás nervioso?

El concierto empezaría a las 20:30'00", como todos los viernes. Desde media hora (exacta) antes, yo estaba en el camerino haciendo mis escalas de tresillos y de dieciseisavos en el piano vertical. Padre me había dicho, explicado y demostrado, que no era recomendable calentar los dedos con las notas del concierto que se va a tocar, pero como las escalas son un ejercicio muy mecánico, mientras las hacía, en mi memoria repasaba, una a una, las 2 345 indicaciones que Padre y yo habíamos hecho sobre la partitura del Quinto concierto para piano de Beethoven, *El Emperador* (íbamos a hacer ocho más pero nos detuvimos en 2 345 por lo ordenado y creciente que es y porque suma cinco).

Lo confieso, unos mililitros de sudor se asomaban en mi frente, pero mi nerviosismo estaba bajo control, a un 15% de su capacidad.

Al salir a escena la veo en primera fila; Madre, que casi nunca va a los conciertos, la trajo y la sentó frente a mí. La situación se me va de las manos. La totalidad de mi epite-

de ling. & (?) trabajo
 La l
 signif
 signi
 De
 la lin
 De un p
 leve a la
 mlti.



lio se inunda bajo una capa de agua salina (de concentración indefinida) que, con su evaporación, me hace perder Jules aceleradamente (tengo frío, pues). Mi corazón, que había estado en sus 71 latidos por minuto normales (\pm un par de latidos), se acelera abruptamente a unos 107 latidos, más o menos (no puedo calcular la incertidumbre porque además de su calma mi corazón ha perdido el ritmo). Y lo peor: me tiemblan las manos con una frecuencia cercana a los 10 Hertzios (6 más y las podría escuchar). Ya no soy capaz de estimar qué tan asustado estoy porque mi temor tiende a un infinito, que más parece un infinote, y yo me siento ínfimo, infimito.

Me recupero a medias de mi ataque de pánico e idiocia y empezamos tarde pues la mirada de Padre duró tres segundos más de lo planeado; trató de averiguar lo que me pasaba. Y lo que es aun más insólito: cuando ya tiene los brazos en alto dispuesto a marcar el inicio, gira la cabeza hacia mí, de manera completamente espontánea y repentina, con una mirada interrogante. Leo en sus iris: “¿Estás listo o te vas a volver a poner hecho un imbécil por la muchacha de la primera fila? ¿Te acuerdas de lo que vas a tocar y de las 2 345 indicaciones que le pusimos? ¿Seguro que no quieres sacar la partitura? ¿Quieres hacer pipi antes de empezar?”. Mi cabeza se inclina hacia adelante en un ángulo de 19 grados y vuelve a subir, doy con ello a entender que estoy listo y que todas las demás preguntas son irrelevantes. ¿Qué otra

cosa podía hacer? No estaba listo pero contaba con un compás de solo de orquesta para estarlo.

Ellos dan el acorde de Mi bemol mayor durante cuatro tiempos de $1/132^{\text{avo}}$ de minuto cada uno, es decir, casi dos segundos (en realidad 1.818181... -y así hasta el infinito- segundos). No es mucho pero tendrá que bastar. Yo, en lugar de alistarme, pienso que en el programa de mano no está suficientemente clara la razón que tuvo Beethoven para nombrar a su concierto *El Emperador*, es de una vanidad tal que Padre prefirió omitirla. Lo malo es que algunos pueden creer que se refiere a Napoleón, porque es bien conocida la devoción del bueno de Ludwig por el general francés, a quien le dedicó la Tercera sinfonía, *Eroica*, cuando creía que el enano de la mano en la barriga era un paladín de los ideales republicanos -y claro, siempre se olvida el hecho de que el músico, después, la desdedicó-. Pero en el caso de su último concierto para piano, la referencia imperial es a la propia obra, considerada por el autor como la cumbre de la música para el instrumento. De hecho, la creación de la partitura fue interrumpida por los cañones de Napoleón en su invasión a Viena de 1809. No es una mala historia, debimos incluirla en el programa junto con el dato, mes, día y hora, de cuándo ocurrió esa segunda afrenta a los vieneses.

Ya pasaron 1.82 segundos (redondeando un poco las cifras (cuánto más fácil es decir $4/132^{\text{avos}}$ de minuto));

aprieto el pedal de *sustain* y comienzo la *cadenzza* que Beethoven escribió procurando que pareciera una improvisación, al grado que no le puso barras de compás. Hago el arpeggio sobre mi bemol mayor como Dios manda (como Beethoven lo escribió), es decir: el primer tiempo lo parto en cuatro y le pongo una nota a cada pedazo resultante, *mib-sol-si-mib*; a la primera mitad del segundo tiempo la divido en tres; sumo la segunda mitad a la primera del tiempo siguiente, obtengo un entero que divido en cinco. Mis manos realizan, por la práctica, estos quebrados con más facilidad que mi mente y dan una sensación de absoluta libertad, de que sólo están "pasando" por el teclado. Repito el arpeggio una octava más arriba y luego una más, pero en esta última sumo el segundo y el tercer cuartos y en la mitad que resulta distribuyo, equidistantes, siete notas. Llego, ágil como un colibrí, al trino. Pero me detengo a pensar en qué sonido hará esta curiosa ave de veloz aleteo (alrededor de 800 batidas por segundo), si es que hace alguno, y mi salida hacia el *re-fa-mib* no es lo que debería ser, le faltan un par de Hertzios para lograr el *sforzando* tal y como lo habíamos planeado. ¿Se habrá dado cuenta Ella? Tal vez no, pero sí sé que la mirada severa de Padre me pesa en la coronilla. No levanto la cara y sigo hasta llegar al segundo trino que también dura cuatro tiempos y abordo la consecuente escala de salida con el sonido que creo debería hacer un colibrí. Estupendo, maravilloso, no lo habíamos planeado, así que, orgulloso, me regodeo. Alcanzo el *espressivo* sobre unos octavos que ligo con plena libertad. Remato con el acorde de La bemol mayor un poco más fuerte de lo que yo mismo me esperaba. La orquesta me acompaña en este compás.

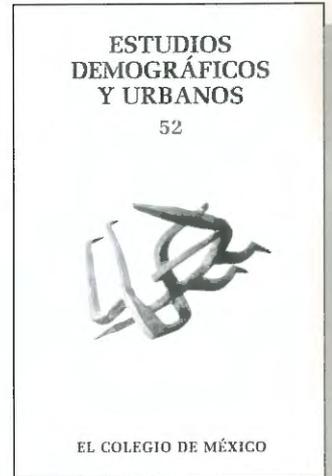
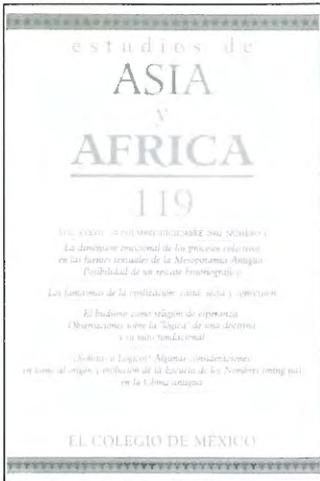
Ahora dispongo de sólo 3 tiempos, 1.363636... segundos (ah, los quebrados). Corrijo los ángulos de mis falangetas con respecto a las falanginas y de éstas con las falanges. Ah, sí, y las muñecas, estaban tan desubicadas. Me paso la lengua por los labios y parpadeo de manera completamente innecesaria porque estoy pensando en Ella. Y entro solo otra vez. Me siento aun más libre que en la *cadenzza* anterior, tanto que ahora no pienso en notas ni en quebrados de tiempo. También soy hijo de mi madre, ahora lo sé mientras siento que la música me crece entre los dedos, desordenada, salvaje, libre. Entiendo este primer movimiento, y eso que apenas lo estamos iniciando, como triunfal, pero no con la actitud de quien derrota a su enemigo y se ufana en pisotearlo, no es una fiesta sobre las tumbas de los contrarios, es una exaltación de los propios logros o, mejor, de los logros comunes, de la unión de voluntades, de la formación de una pareja...

Vaya ofuscación, me exalté tanto que por poco se me pasa la escala descendente del do_5 al do_4 , que debía hacer con un *diminuendo* cuyo volumen se reduciría logarítmicamente mientras el tiempo lo haría linealmente. Lo hago pero sigo ofuscado, los coeficientes se me modifican en varias décimas después adquieren variables. Ya no me importa que Padre me mire con los ojos feroces que le adivino. Me estoy disfrutando y, lo sé, me estoy luciendo porque Ella está aquí.

El resto de la partitura del primer movimiento es en mis manos una paloma que trata de aletear, la suelto y es una cometa que evoluciona caprichosa, casi independiente; y también la dejo ir convertida en globo libre que llegará a alturas inimaginables, vertiginosas. Me mareo, pero alcanzo a abrir los ojos para verla a Ella que, embelesada, mira a mi papá. €



PUBLICACIONES PERIÓDICICAS

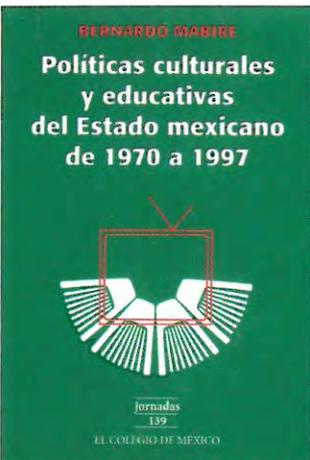
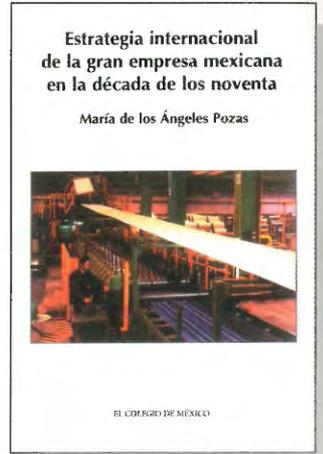
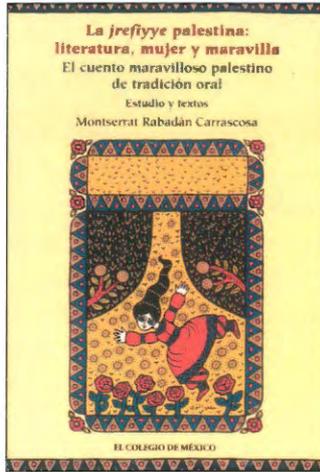
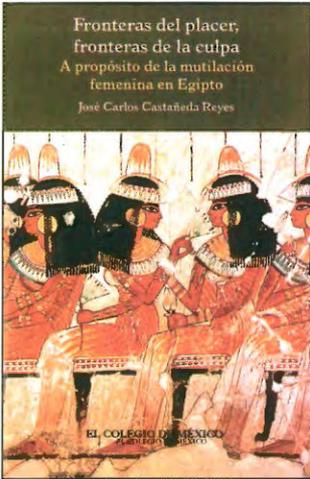
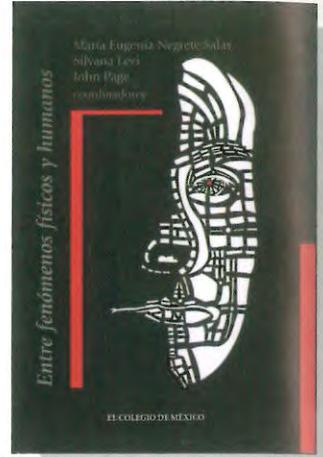
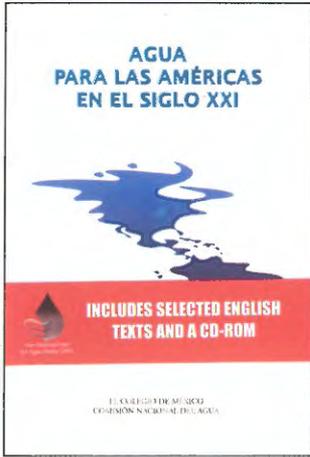


EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx



NOVEDADES



EL COLEGIO DE MÉXICO

El Colegio de México, A. C.,
 Dirección de Publicaciones,
 Camino al Ajusco 20,
 Pedregal de Santa Teresa,
 10740 México, D. F.
 Para mayores informes:
 5449 3000, exts. 3090, 3138 y 3295,
 Fax: 5449 3083 o Correo electrónico:
 publi@colmex.mx

